

La Pluma

AÑO IV.

MADRID, MARZO 1925

NÚM. 34.

LA QUINTA DE PALMYRA ⁽¹⁾

(Continuación.)



odos parecían al otro lado del mundo, detrás de las tapias de la vida, asomando la cabeza por encima de las barreras, en la ventana parapetada, en las terrazas apartadas de todo y frente al mar.

Ellos a quien querían era a Palmyra, pero no discutían si estaba bien o mal que ésta tuviese a Armando a su lado. Le saludaban también con mucho aprecio y se ponían a conversar con él familiarmente, en entrañable confianza.

Aquel clima absolvía de todo. Había que estar contentos con los que permaneciesen en la vida.

—Por fin van a aprobar el tren eléctrico—dijo don Vasco, dando una gran alegría a sus palabras para que creyesen al fin aquella consoladora mentira antigua, aquel proyecto ideal, el magno proyecto

(1) Véase el número 33 de LA PLUMA.

LA PLUMA

que comparte medio universo, la electrificación. Parece que entonces se irá a todos sitios como por teléfono y esa idea entusiasma sin reservas.

—¡Lo que ganará entonces la propiedad aquí!—dijo doña Beatriz, que sólo tenía una propiedad insignificante, con la reventa de la que pensaba comprar otra casita un poco más lejos y aumentar de un modo fabuloso las rentas de su dinerito.

La inglesa, pobre gallina coja que sólo permanecía allí por ver si perdía su cojera, no salía apenas de la carretera de sol, y por lo tanto no la importaba nada que electricasen aquello, preocupándole íntimamente por el contrario la idea de poner un día el pie en la vía electrificada y que se sobrecogiese más su pata coja. Pero no se atrevió a decir esa aprensión de su ignorancia.

Don Mariano opinó:

—No está mal... Habrá chispazos de gran ciudad en la carretera, chispazos que las noches de verano parecerán relámpagos.

Armando, que sólo entraba en las conversaciones nada más que cuando había una entrada alegre, dijo:

—Y pediremos billetes para la Puerta del Sol...

Palmyra, que reconoció la nostalgia, la salió al paso, para distraerle de ella:

—Así podremos ir más veces al teatro, a Lisboa...

—Lo malo—insistió Armando—es que tenga tipo de tren en vez de tener tipo de tranvía... Debían de pintar los coches de amarillo. Don Vasco, usted que conoce al Director de la Compañía se lo puede proponer.

El tren eléctrico pasaba por sus imaginaciones como guión que suprimiría el campo, sin tener en cuenta que mientras se viese en el viaje todo aquel largo paisaje que se veía por las ventanillas de aquel viejo primer tren de juguete con que se inauguró el trayecto, no po-

dría conseguirse aquel raudo traslado telefónico en que materialmente soñaban.

Se hizo una pausa, durante la que los viejos tranquilones y huídos reaccionaban ante la electrificación, pues veían al pensar en el caso con más atención que se corrompería un poco su retiro, que aquello que habían ido a buscar iba a verse muy accedido por las gentes que se enganchan en los viajes rápidos y fáciles.

—¡Qué tarde ha hecho hoy!—exclamó el alegre español, en cuyo pecho anfisemático la presión poderosa de la orilla del mar mezclada a la cordialidad del tiempo abría todas las válvulas defectuosas.

—Ha sido una tarde de toros, una tarde de Corrida de Beneficencia—dijo Armando, que se sobrentendía con el español don Mariano.

Palmyra, siempre pronta para apagar la nostalgia, dijo:

—Ha sido una mañana de *luar*...

—Muy bien, muy bien; eso ha sido—dijo doña Manolita, y todos los presentes volvieron los ojos hacia la dueña de la casa, que tan bien había caracterizado el día con su paradoja, convirtiéndole en noche llena de luna, borracha de luna como un bizcocho borracho.

—Realmente es verdad...—intervino don Vasco—. El sol era el sol, de eso no cabe duda; pero era un sol blando, alunado, de suave luz o más que de luz suave, porque no se le podía mirar siquiera, de luz suavizada aquí abajo, en el valle nuestro...

La tarde les había convidado a todos con sus vinos dulces y estaban embriagados como después de un día de santo. Veían con pena y aun con sed la copa vacía de los cristales de las ventanas.

Estaban clavados en sus asientos, iban a vivir en aquellas visitas antes, cuando Palmyra estaba sola e indecisa, de la pasión inútil que se escapaba a su juventud, de lo que no acaba de salir de las habitaciones, aunque se abran los balcones, porque se agarra a los tiradores de las puertas, a las paredes, a los brazos de las butacas y los

LA PLUMA

sofás, y ahora, con más absorción de lo que flotaba de la pasión que todos aquellos vejámenes suponían frenética, más frenética que tierna, sus pasiones, y eso que alguno, como don Vasco, las tuvo de serpiente de tierra caliente.

Como esas coronas que hace el humo al salir del cigarro, así parecía haber quedado lleno el salón de las coronas de los abrazos que se habían dado en la noche Palmyra y Armando, y que, como todo lo condensado en la alcoba, daba un salto por encima del biombo que la separaba del salón.

Armando se adormecía en aquella tertulia, pero Palmyra no; a Palmyra le gustaba hacer los honores, moverse de un lado a otro, ofrecer el te...

—A propósito del te, ¿ustedes saben una historia india...?—dijo Vasco.

—Ya nos la ha contado usted tres veces, señor Vasco—dijo Armando.

—Quizá a ustedes sí, pero, ¿qué espíritus nos acompañan esta tarde? ¿Saben ustedes si son los mismos de ayer? Probablemente, no.

—Espiritismos, de ningún modo—dijo Armando, riendo de la disculpa que había buscado para contar la noventa y nueve vez la historia del te.

—Este es siempre un te cada vez más tardío—dijo la inglesa con su construcción y portugués estrambótico...

—Acabaremos convirtiéndole en vermú—dijo Armando.

—¡Qué mas dal! El te no hace daño a ninguna hora—aseguró la pobre doña Beatriz, ansiosa siempre de reconfortarse con muchos bizcochos y cuatro o cinco tazas, en cuyo fondo quedaba después algo así como un final de sopas de ajo.

Lo que había de rincón del mundo en aquel paraje se acentuaba

en aquella hora en que había llegado el último tren, después del que ya no podía esperarse ninguna sorpresa. Ya no se podría poner ni recibir un telegrama. Quedaban desligados del mundo como si fuesen un islote que al anochecido se separase de las tierras firmes.

Palmyra servía a Armando mirándole mucho a los ojos, queriendo dialogar secretamente con él en medio de todas las visitas, pero Armando rehuía esa complicidad que temía que todos notasen. Ella, con esa insistencia de la mujer enamorada, volvía y volvía a envolverle.

—Ha vuelto la gripe—dijo doña Manolita, atemorizada, queriendo que la consolasen los demás de su miedo; pero los pánicos se esparcen y se siente la voluptuosidad de propagarlos y padecerlos.

—La gripe siempre vuelve—dijo el anciano don Mariano—. Yo siempre la he visto volver desde que era niño... Es el vaho de la muerte, ese humillo que ella también echa los días crudos del invierno... No hay nada más sutil ni de que pueda uno defenderse menos.

—No está mal la teoría—repuso don Vasco—. A la gripe la he visto yo, devastadora como nunca, en la India; mataba como siempre con frivolidad, sin anunciar su gravedad, sin ahuyentar de ella como ahuyenta la peste...

—Es lo único que nos amarga este retiro delicioso. Hasta aquí mata—dijo doña Beatriz.

—¿Y de dónde podrá venir a aquí?—preguntó Palmyra.

—No la he dicho a usted, señora—volvió a intervenir don Mariano—, sale de los cementerios... Si quemásemos todos los cadáveres no pasaría eso.

Todos quedaron silenciosos un instante y se hubieran sacudido el aire con la mano como quien aparta un contagio invisible.

Después todos se fueron levantando, no sólo porque era tarde,

LA PLUMA

sino como si huyeran unos de otros, como si esperasen que en la noche se declarase en alguno la gripe, como si huyesen a una mayor soledad.

Así era una tarde de visitas en la quinta de Palmyra.

V

DÍA DE LLUVIA AMOROSA

Al abrir las contraventanas se encontró las viruelas de la lluvia en los cristales. Después vió que en los charcos dejaba caer sus chinitas pertinaces, boquiabriéndose el agua de los charcos como si los pececillos lanzasen fuera su burbuja de aire puro.

¡Otra vez esa confinación en el palacio por quince días dentro de los flecos interminables!

Le faltaban palabras para Palmyra, esa era su principal tragedia, y acariciarla la barbilla con ternura, constante no era suficiente.

No tenía más horas álgidas que las horas comestibles, las doce y las ocho de la noche, pero esas como de breve duración.

Era, pues, este día un día de estar muy pegado a las ventanas y de mirar la péndola del reloj de alta caja de la sala más clara, un reloj en cuya lenteja estaba pegado el retrato de la difunta madre de Palmyra.

Era una señora de peinado burgués y de cuello corto, que debió tener una gran bondad.

En la lenteja del reloj—¡qué ocurrencia!—parecía vivir con palpitaciones de reloj, como si su corazón, en vez de moverse de arriba a abajo, se moviese de izquierda a derecha. Era una manera excesiva de perpetuar los recuerdos, pero estaba bien por la originalidad.

Asomado a las ventanas de la quinta, pensaba que aquellas eran las ventanas de Europa; las ventanas del otro lado, las ventanas fina-

les que daban a la luz del descampado mar de quince días de travesía. Devolvía aquel cielo la luz extensa y desorbitada del solar extensísimo del Océano Atlántico.

Eran las ventanas para lanzar los suspiros del alma desalada que al llegar al borde último de los continentes y las penínsulas suspira con fuerza y la gusta irse en el suspiro ancho y desahogado del cielo que se remonta y se va. Por eso había un suspiro claro de luz aun siendo un día lluvioso.

En seguida apareció Palmyra y fué hacia él.

—La lluvia borra el mundo—dijo Armando.

—No. Lo oculta para que vivamos de nuestra intimidad... Hoy la quinta está más satisfecha y dice: «¡Gracias a Dios que se van a dedicar a mí sola!»—repuso Palmyra.

Resultaba reblandecida y sin curación en el fondo del salón, que resultaba más profundo porque el cortinal de la lluvia era espeso y confundía la luz.

Lo que en su rostro pálido había de herpético—ese poco de herpético que es como el principio inicial de la corrupción—se acentuaba más en la tarde, que devolvía a su condición de greda la carne humana.

Lo que hay de más difícil de entretener es la mañana, y una mañana lluviosa sobre todo.

—Estamos como dentro de una pecera, colocados así detrás del cristal y viendo caer agua—dijo Armando.

—¿Y no es bonito estar en el nido de una pecera los dos juntitos?—repuso Palmyra.

Armando tenía odio a los mimos y era hasta brusco con Palmyra.

Así, por ejemplo, al ver sus brazos desnudos, pues era lo que a Palmyra la gustaba más desnudar, la ha dicho Armando con tono desabrido, como mordiéndola en el brazo y haciéndola daño:

LA PLUMA

—Pero no ves que es de una gran desvergüenza tener siempre los brazos desnudos.

Abrumada por la reprensión desmedida de Armando, Palmyra ha cruzado sus brazos y se ha cubierto con las manos los biceps mullidos y con plástica de aparatos musicales de la sensibilidad.

Palmyra le obedecía en todo, y cuando él se incomodaba se quedaba cohibida como una cordera bajo un eclipse.

La cuesta de la mañana la subían bastante silenciosos, manoseándola a ratos él como se manosea la caza, el pescado o la fruta que se compra en el dintel de la puerta.

Ella estaba tan enamorada de Armando que no tenía pudor ni por la mañana, y se miraba y le volvía a mirar y se volvía a mirar para ver si le podía complacer a él lo entreabierto y le volvía a mirar ella para encontrar en sus ojos una buena mirada de avidez como premio. Pero él la miraba como el que se para a contemplar la estatua de mármol mientras la quito el polvo, con mirada burda de doméstico.

Después Armando se ponía a pensar en la comida.

«Qué pez es el del día es lo que hay que preguntar—se decía Armando—, que la carne ya sé cuál ha de ser, tanto la de la mujer como la de la ternera.»

A las doce, cuando ya estaba el menú preparado y habían escogido en la discusión de la cancela el pez más extraordinario de las banastas, hacía Armando su pregunta con voz alta:

—¿Qué pez es el del día?

—Hoy es pargo—le contestaba Palmyra, o bien le decían al servirle:

—Es un pez muy bueno que aquí llaman jubel.

—¡Sí, sí!... Ya sé—dijo Armando, que no quería recibir tantas explicaciones como un sordo.

La nieve del mantel caía ya sobre la mesa, él lo veía desde lejos, a través de las puertas de cristales. Eso daba luz a la mañana. Los largos copos iban después reanimando el día, y la lluvia perdía importancia.

Ya estaba al borde de beber su vino predilecto, al que desde su sitio veía enrubiado por la luz que caía del sol a través de las nubes.

Y para el vinillo predilecto eran las mejores sonrisas del yantar, para aquel Busellas claro como sangre cordial de mujer rubia. Muchas veces levantaba su copa para ver el día a través del licor y del cristal y encontraba así, sólo con esa mirada, transparente y ambarina, el suficiente optimismo.

El «Busellas velho» le insuflaba todo aquel tiempo que contenía, que suele buscar el fondo del vino para posarse, que lo adensa y lo mejora.

«¡Es que me he bebido la esencia de tantos días!»—se decía Armando al sentirse un poco ebrio de una cosa vibrante, llena de minutos, espesa de segundos.

Él se volvía decidido, anecdótico, náufrago alegre aún en los días grises en la hora del almuerzo, mirando por la vidriera el mar como si fuese motivo de una vidriera policromada, en que cada ola se emplomaba en la de al lado y en la de delante.

Los brazos aireados de ella, los brazos que le irritaban y lo atraían, jugaban al diábolo con sus miradas, que, como carretes del diábolo, se movían dentro del ángulo del brazo y le eran devueltas después de saciadas por la axila pálida, por el hueco muerto y triste que queda entre el brazo y el antebrazo.

Armando la veía en gran señora de la casa, erguida, airosa, muy señora.

Todo su gesto era gesto de retener su perfil puro y escueto con

LA PLUMA

mueca tersa, ese gesto elemental y sugestivo que es todo el pensamiento y todo el físico de muchas mujeres, y que cuando se las marchita y se las arruga es como si desapareciesen porque no han sostenido más que eso, no eran más que esa vigilancia de la boca fruncida, la frente estirada, los ojos vivos y la nariz esculpida.

¡Pero qué bien sostienen ese perfil algunas! ¡Qué lindas!

¡Cómo tiraban las mejillas y todo el rostro de su perfil! Pero lo presentaba escueto, delgado, suave, agudo, triunfando en él y asteriscándole bien las dos orlas de brillantes de sus lóbulos.

En aquel día lluvioso, pensando en salvar su situación, dijo a Palmyra:

—Sabes... Voy a escribir a un amigo mío de la infancia, también aristócrata, para que venga a pasar unos días con nosotros.

—Bien, bien... Escríbele esta tarde mismo—dijo Palmyra con verdadero deseo de tener un huésped y de dar a la Quinta una de sus ilusiones insatisfechas, la de tener siempre un huésped.

Sólo ante la noticia de aquel huésped, las cosas se fueron recomponiendo, atusándose, diciéndose: «¡Viene por fin un huésped!... ¡Viene por fin un huésped!»

VI

LA ÚLTIMA AMAZONA

Todavía montaba a caballo, pero ya no iba a los sitios en que parecía irse antes al montar a caballo. La paseaba sólo por los paseos transitados y sabidos.

Engañaba aún a las gentes la amazona, pero ella tenía una gran tristeza en el corazón porque a caballo sobre todo se decía que no había sitio a donde ir.

Era su caballo tan reluciente como unos zapatos recién lustrados, un caballo francés, al que llamaba «Rey».

—¡Roi...!—decía a veces en francés, como si eso la diese un aire más aristocrático y el caballo se calmase así más.

La última amazona salía sola a la tarde—muy pocas veces con Armando—y adquiría autoridad y personalidad sobre su caballo. Era su hora de generalísima.

Palmyra tomaba aire para su pecho y escondía ráfagas de salud dentro de su descote; todo para llevárselo a Armando, displicente, enredado hasta muy tarde con los licores y con el café ideal que ella le preparaba en tazas de oro, en cuyo fondo se tiraba el último sorbo y era como esencia de escarabajo pura.

La amazona, la última amazona, montaba dando empellones al aire con sus senos y eso hacía que le fuese difícil al caballo romper el aire, porque todo venía a recibir el encontronazo.

Armando, que encontraba anticuado el hecho de que fuese amazona, la esperaba como si su paseo a caballo la renovase y como si sobre su caballo hubiese recibido nuevas fuerzas para el embite de la noche.

El camino portugués, solitario y arbolado, se encantaba con la amazona. Necesitaba esa emulación. Si transitas por los caminos, amazona justa, habrá más florecillas en las márgenes.

Palmyra era una amazona de pura sangre, que iba litografiándose en la soledad del camino, llenándole de su estampa, adornándole con una guirnalda de moños de gran rodete.

La devolvía nueva aquel paseo de después de comer sobre el caballo favorito, al que daba terrones como una *ecuyere*.

Todo el paisaje portugués se conmovía con el paseo de Palmyra y se notaba después en el resto de la tarde la dulzura que la había impuesto el paso de la amazona. Hasta había algunos árboles del camino que la rozaron, que la quisieron abrazar.

Cumplía un deber Palmyra, un deber con la Quinta, con la puerta

LA PLUMA

de la Quinta y con todo lo demás al salir sobre su caballo con el traje de etiqueta que exige el paisaje, que es la vanidad del paisaje. Armando la había dicho:

—Eres la canela del paisaje, en el que dejas tus caminitos de canela, igual que los que pone la mano de la que hace arroz con leche sobre la superficie un tanto encallecida del arroz con leche.

Quedaba el paisaje dominado, enamorado, saciado con aquella vuelta por los caminos de la fina amazona de breve cintura clásica y busto en punta. Con los gestos que la amazona hacía con la fusta y que eran como de batir el aire, se quedaba flagelado y enervado como después de flagelación el mismo aire de la tarde.

—Día que no sales—la había dicho también Armando—es día en que todo parece más hostil y como si algo faltase en la *toilette* del panorama.

Es como si el muy cochino del día no se afeitase, al no recibir tu visita estuviese descuidado y salvajinoso.

—Mi amazona, ven—la decía Armando con un mimo nuevo abrazándola efusivamente, encontrando un apresto y una dureza en su busto que había adquirido petando con todo el camino, sobre todo con las vueltas.

Ya era una cosa más de su *toilette* volver así, triunfadora, con la levita orgullosa, un poco desmelenada, con tierra en los ojos, con la nariz agudizada.

—Traes las enaguas purificadas de la amazona—la decía Armando—, y traes unos labios nuevos que has recogido en el campo como se recoge el frescor de debajo de las hojas que tratan de ocultarlo.

También la repetía entre sorprendido e irónico:

—Nunca creí que fuese tan importante ser amazona... Resultas la madrina del paisaje... Madrina de bautizo y madrina de boda al mismo tiempo.

Volvía hecha, robustecida, con un secreto nuevo; pero todo eso se iba adelgazando, consumiendo, olvidando hacia la noche. Era el botín que traía la amazona como esas flores rústicas de las jaras oleaginosas, que se ablandan y moquean en la planta en cuanto pasan unas horas de haber sido arrancadas.

Había pasado por los más rústicos caminos. Los caminos solos, soleados y *lejanos*, de Portugal; los caminos llenos de las antiguas fábulas y las viejas consejas.

Había hecho la dueña de la quinta lo que tenía que hacer. Se había sacrificado a la cortesía que merecían los alrededores campestres que para eso les estaban obligados, sumisos, y eran la oreación serena de sus vidas. Había hecho la visita al campo que lo mantenía propicio. Armando la daba en pago los besos de la gratitud y abrazaba su pecho enlevitado, en el que tropezaba con la doble fila de botones.

Después Palmyra se ponía muy de casa y aparecían de nuevo sus brazos desnudos. Eso la volvía la mujer débil, íntima, delicada, cohibida. Él, como quien toca el arpa de un cuerpo, la acariciaba los brazos, de arriba a abajo, de arriba a abajo.

El gran salón se llenaba de una expectación, de una rotonda de luz en que se esperaban obispos, virreyes, magnates, que viniesen a intrigar y a hacer la tertulia. Así sólo era una jaula demasiado grande, de esas jaulas historiadas que entristecen a los pájaros más que las jaulas íntimas.

En el patio del estanque gritaban los patos como si siempre les persiguiese la mano del matarife, como si fuesen a cogerles para echarles al caldo hirviente.

Le molestaba a Armando aquel griterío asustado, urgente, desesperado.

Le daban ganas de asomarse al balcón y gritarles:

LA PLUMA

—¡Calmaos, que no os van a hacer nada! ¡Cobardes, más que cobardes!

Esperaban al coche de campanillas argentinas, alegres, bien timbradas, porque su secreto es que eran de plata. Se hundían en el landó, se quedaban ocultos por la montaña azul de la capota y se iban como a darse un paseo como en hamaca por el paisaje.

Buscaban la carretera que iba junto al tren. Deseaban esa compañía ciudadana, civilizada, que trae la reciente confianza de la capital.

Les gustaba también que el tren entero les mirase buscando en ellos la felicidad deseada.

Pasaba el tren lleno de ventanillas de sol. Llevaba el raudal feliz de un principio de primavera siempre. Se leían en él, desperezando los brazos largos, los periódicos tostados, luminosos, felices del verano.

Como en butacas de peluquería alegre iban todos los viajeros. La tijera del buen día les acariciaba el cogote.

Había risas de las enemistades lejanas en estos extranjeros solos embriagados en el viaje. Su sarcasmo era por los malos que se tenían que estar allí por su ambición o por su torpeza. Los anónimos recibidos se habían borrado definitivamente en este ambiente.

Después volvían al campo, y ya en aquella carretera peor, el landó sufría las oscilaciones y los tumbos de las grandes zanjas abiertas por las ruedas de los carros cargados de piedra.

Se encontraban esos «chalets» hechos en medio del campo, en medio del miedo, mirando a paisajes ingentes, cuando un poco más arriba, en terrenos que costaban lo mismo, hubieran visto el mar: «¿Es que su padre fué un náufrago y no quieren volver a ver el mar?»

En todos aquellos hotelitos se notaba que todo estaba dispuesto

(¡que sean más grandes los ventanales, que sean mayores!) para mirar lo que se ha de dejar de ver irremisiblemente, sin que sirvan las atalayas bien dispuestas para verlo más tiempo.

Hicieron sus «chalets» los moradores para estar asomados siempre, primero activos, en pie, saliendo fuera del «chalet», más tarde siempre sentados frente a los últimos cristales—debieron hacer más bajo el alféizar.

Cada ventana de Portugal tiene su significado propio, su gesto particular, su éxtasis distinto. La una es la ventana para el espíritu avizor, la otra es para el nostálgico y aquélla para el enervado.

El coche de dos caballos tenía siempre una cosa de desbocado. Al bajar las cuestas los caballos torcían las cabezas como si se las descoyuntasen, unidas las dos cabezas en un delirio de espanto, siempre como si ya no pudiesen contener el coche de lanza disparada como una flecha enorme.

Se reflejaban en el camino los ojos espantados de los caballos, ya con la blanca espuma en que se notaba un poco su espanto.

Pero siempre se salía con bien de ese momento difícil de la cuesta abajo en que el torno intervenía como una máquina de someter al Destino.

Otra vez en el campo llano volvían a su serenidad.

¡Qué regalo el de las legumbres, que encima de dar su fruto dan a veces su perfume! Las habas estaban ya floridas y dejaban percibir el olor correspondiente al ensueño de su sabor.

Ella estaba por rechazar aquel olor como si fuese un olor de cocina, pero la conmovía con su finura.

—Huele casi como la flor de almendro—dijo Armando.

—Aun siendo tan ordinario se puede aceptar...

—El campo nos ofrece lo que puede... No es para que le llames ordinario a lo que te regala.

LA PLUMA

—¿Que no es ordinario? ¿A que no te atreves a que tengamos en la vivienda sobre los veladores flores de habas? Si nos preguntase alguien qué flores eran, ¿té atreverías a decir la verdad?...

Armando calló. Las habas seguían dando su perfume para cocineras sentimentales. Era más fino su perfume porque se filtraba a través de los demasiados cercos de piedra en que abundaba el valle.

—Debe tener dolor de muelas el paisaje—dijo Armando.

Pasaban por caminos de pinos constantemente.

Los pinos son los más humanos de los árboles, con sus cabelleras oscuras, con sus cuerpos de atezada expresión.

Todos están para hablar, para salir al paso, para decir las cosas de la tierra que escuchan con sus raíces, pero aún no se ha decidido ninguno.

«Un día—pensaba Palmyra—se le ocurrirá hablar a uno de esos humanos pinos, y dirá recitales de profundo sentido.»

Los caminos de pinos tenían algo de los caminos de postes que van al lado del tren, parecían andar, estar constantemente de paseo con un movimiento propio.

Había un rato en que se dedicaban a la arbitrariedad.

Ponían nombres solemnes a las cosas y así, por ejemplo, las desgarraduras que se abrían en las nubes eran para ella: «ventanas que daban a la tarde de Dios, agujeros de telón por los que se podía ver todo si alguien nos aupase como a niños que quieren ver lo que no alcanzan» y él opinaba, señalando esas minas o esas montañas que parecen castillos, que: «La naturaleza es muy novelera, decía otras veces, y quiere que se la dote de castillos y de fosos de los castillos».

Cada cual halla un sentido al mundo y se le hallan matices constantemente, sobre todo cuando las lenguas se desatan de verdad al atardecer.

Palmyra se volvía más tierna y sin temor a que el cochero viese su gesto buscaba las manos de Armando y le buscaba la boca como paloma que buscase el pico del palomo. Armando la rehuía un poco. Era de suyo temeroso de la avidez que hay en los gemelos de los ociosos dueños de los «chalets». Palmyra tenía la hermosa pasión que no se racata.

Echaba la cabeza en su hombro y se quedaba así como dormida con los ojos abiertos.

—¡Qué turulata eres!—la decía Armando.

—¿Y qué es eso?—preguntaba Palmyra.

—Que te quedas turulata y no sales de ser una turulata... Un día te dejó un día así y no sales de tu arrobo...

—¿Te burlas?

—Jamás... Te comento... Siempre me darás ansia de llevarte en brazos tan desmayada como estás y aunque no salgas nunca de tu desmayo, como si el suplicio de un momento del Don Juan lo aceptase yo para siempre...

—¡Qué poca ternura tienes!—le dijo ella.

Se es insaciable de ternura en medio del paisaje.

—Parece que no es sólo de tu corazón del que quieres que cuide, sino de una huerta de corazones—le dijo Armando.

Volvían hacia casa. Contracorriente volvían también los trabajadores, que miraban cínicamente a los coches.

Siempre parecía que se había hecho demasiado tarde, y se temía el vientecillo sutil que da la pulmonía.

El coche entraba por fin en la Quinta dando un saltito sobre el listón de piedra que sobresalía del suelo marcando la entrada. Ese salto del coche sobre sus muelles era un salto que marcaba la intimidad, era como el salto que dan los caballos de circo cuando ya han trabajado, cuando ya se meten dentro.



LA PLUMA

La Quinta estaba llena de un silencio ambarino precioso. Había más luz, una luz que había estado sola en las habitaciones y que se había llenado de confidencias. En el botijo de cristal del agua se había filtrado la luz.

Es cuando Armando reconocía más la suavidad de Portugal, su entonación, la serenidad de otro tiempo en que abundaba.

Él sólo recordaba una paz igual allá de pequeño, hacia el 1889, cuando en casa de su abuela, en la calle de Montelen, llegaba la hora de la siesta y se quedaban entornadas las maderas.

Era un aire de hacía treinta años aquel que había en la Quinta, y por eso resultaba tan virgen y tan sabroso.

Palmyra, siempre con los brazos desnudos, le daba los abrazos de la desnudez, los abrazos sobre las sábanas revueltas, y, sin embargo, estaban en pie y con la etiqueta del traje.

Armando, displicente, apenas le hacía caso, y ella, entonces, se iba como despechada. Y cuando volvía reaparecía con cara de haber llorado, pero no por haber llorado, sino por no se sabía qué.

Armando miraba al cielo como si aquel tipo del rostro de Palmyra señalase muchas nubes y una luz lluviosa.

«¿Pero es que han nacido para llorar?», se preguntaba Armando, y sin poderlo evitar buscaba sus lágrimas o un gran sentimiento que justificase sus lágrimas.

En vez de aplacarle fomentaba su crueldad de hombre aquella propensión a las lágrimas.

A lo lejos el polvillo del mar hacía hermoso el sol y alejaba el poblado extremo de la costa. Le daba un tipo de ensueño de la realidad.

Eran las seis de la tarde, esa hora en que todo ha llegado ya a los pueblos finales de la costa, esa hora en que el mundo se estanca en sus casas de refugio.

Palmyra se dirigía a esa hora hacia atrás buscando el apoyo de alguien, buscando con todo el reposo.

Las butacas muy echadas hacia atrás, de abrazo antiguo la recibían a esa hora en que a los seres finos les entra el desmayo de amor.

Y el atardecer solitario se precipitaba y desde ese momento hasta la noche le entraba a Armando la fiebre, el escalofrío de la soledad. Cenaban y muy temprano, cuando el cansancio es como un niño lleno de sueño verdadero, se iba a la cama.

Armando que había soñado tanta cosa para cuando se acostase, se encontraba ensoñarrado y cansado.

La veía desde las arenas del sueño levantar sus brazos de mujer que entra en camisa y, sin embargo, comienza a desabrocharse el traje.

Tenía costumbres antiguas y cuidadoras como guardar en su joyero de cristal de un fondo azul enguatado, las joyas de que se despojaba para acostarse y que eran como los candados de su belleza, que se volvía libre, nadadora del lecho, desligada de los compromisos severos que imponen las joyas antiguas que son como de las severas mujeres de la familia.

En el clima de aquel paraje podía sacar las manos de entre las sábanas y jugar con ellas.

Resultaba hasta inexistente su desnudo en aquella soledad desdichada. En vez de tenerla más por completo y más para él solo que nunca, se sentía sin ella como si se quitase la camisa en el vacío supremo.

La naturaleza que les rodeaba no deseaba a la mujer. Deseaba el sol, el aire denso y vivo.

Se necesita que toda la ansiedad de los desesperados y de los insaciables envuelva a la mujer que se desnuda por muy a cubierto de ellos que lo haga.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

(Se continuará.)



OLIMPIA DE TOLEDO

DRAMA EN TRES ACTOS

SEGUNDO ACTO

Gabinete de Olimpia en el teatro. A la derecha, puerta de entrada. A la izquierda, puerta que da al cuarto tocador donde ocurre el primer acto. Noche, luces encendidas.

ESCENA PRIMERA

JULIO, después OLIMPIA y PACA entran por la puerta de la izquierda.

JULIO (*Pensativo está esperando*).

OLIMPIA (*Traje fantástico de manola, escote exagerado, abanico enorme, se pasea contoneándose*).

Este traje me sienta muy bien... ¡Estoy maravillosa! Paca, tráeme el blanquete y la caja de los lunares. Oye, Julio. ¿Me dejo el lunar donde está o lo pongo aquí?

PACA

De todas maneras estará bien. (*Vase.*)

OLIMPIA

Esta chica tiene buen gusto. Dí, Julio, tú que me has visto desde las butacas. ¿Dónde hará más efecto? Me lo voy a poner aquí.

JULIO

Creo que ahí resultará demasiado cínico. (*Entra Paca.*)

OLIMPIA

¡Qué simple! ¡Cínico! ¡Cómo si fuera yo a hacer un papel de colegiala! ¿No comprendes lo que voy a bailar? ¡Es terrible, una danza de seducción, de puñaladas y de sangre! Una mujer que tiene que satisfacer su venganza. Seré cruel, caprichosa, fría.

JULIO

Entonces no te disfraces.

OLIMPIA

¡Qué soso de hombre! Una mujer por la que se suicidan los hombres a montones. Una tigre, una pantera, una... no se me ocurre todo lo que tengo que ser en este baile. ¡Una vampiro! Mira, que un viento de furia amorosa renueva los volantes de mi falda, que mi abanico con suave movimiento atraiga a la víctima, que mis ojos le fascinen, mirándole así, clavados en los suyos y con el ademán le rechace.

PACA

Como en aquel cantar que dice:

Con una mano me echaba,
con la otra me recogía.

JULIO

Así eres tú.

OLIMPIA

Mira, Julito; no te me pongas cursi, por Dios. Habrá un revuelo hoy con la presencia del duque. Todas ellas, que de seguro están sobre aviso, tratarán de camelarle. El empresario es capaz de meterle por las narices a

LA PLUMA

su Pelitos. Pero no me importa. Ya verán, ya verán. Voy a patearlas la cabecita a todas esas envidiosas. ¡Me como al duque, me lo como! Le voy a asesinar a fuerza de ojos. Verás, Julio; voy a estar en este número inspiradísima. Tienes tu localidad, ¿no? Que te traigan una.

JULIO

No; te veré desde los bastidores.

OLIMPIA

Te juro que van a rabiar esas. Después de ese garrotín de la Pelitos, que parece un ataque de nervios, vas a ver el efecto que produzco. Verás. Yo empezaré despacio, muy despacio, con movimientos de paloma, así (*acompañando la acción a la palabra*), como esas palomas que al andar mueven el buche... Poco a poco el ritmo de la música se va animando y yo también. Provocativa, insinuante, miradas..., sonrisas..., coqueterías. Con la promesa de mis ojos y de mi gesto, el mendigo de amor se anima, se acerca. Yo, cada vez más gallarda, me alzaré en la punta de los pies y le miraré despreciativa. Luego bajaré los ojos arrepentida, pudorosa, me cubriré la cara con el abanico y correré a pasitos cortos, volviendo la cabeza, guiñando un ojo tras el encaje de la mantilla, le echaré un beso, y como si una furia de amor y de locura se apoderara de mí, bailaré frenética y la mantilla volará por el aire, se soltará mi pelo, las flores y las peinetas rodarán por el tablado y la falda será como una flor inmensa... Y el enamorado se acercará, quiere estrecharme contra su pecho. Yo entonces saco el puñal que guardo en el pecho y se lo hundo en el corazón.

JULIO

¡Lo haces de veras!

OLIMPIA

Calla, bobo. ¿Eh? ¿Qué te parece? ¿Tendrá éxito? Hice una española semejante en Munich, y creía que aquellos alemanotes me comían de entusiasmo. (*Augusto aparece en la derecha.*) Verás, verás qué efectito le hace al duque...

ESCENA SEGUNDA
DICHOS y AUGUSTO

AUGUSTO

Lo que tú hagas le parecerá bien a ese duque y a todo el mundo.

OLIMPIA

Pues a Julio no le gusta.

AUGUSTO

Este es un turco celoso que todo lo quiere para sí. Un egoísta. Las cosas buenas no deben pertenecer a uno solo, sino a todos. Ser del dominio público. ¿No han venido ni Paquiro ni don Esteban?

PACA

No, señorito Augusto, porque ahí fuera está un señor que espera a don Esteban hace lo menos una hora. Dice que es de su pueblo.

AUGUSTO

Pues me han fastidiado, porque unos amigos míos querían verte bailar y no han encontrado localidades.

OLIMPIA

Y luego ese majadero de empresario a quien le lleno el teatro todavía me escatima los reclamos.

ESCENA TERCERA

DICHOS, PAQUIRO y DON ESTEBAN

PAQUIRO

Buenas noches. ¡Qué guapa estás, Olimpia!

ESTEBAN

¿Qué? ¿Se pasó aquel arrechucho?

LA PLUMA

AUGUSTO

Paquiro y usted, don Esteban. ¿Quieren hacerme el favor de darme sus butacas? Las necesito para un paisa no. Por favor. Veremos a Olimpia desde el escenario.

ESTEBAN

Téngalas.

AUGUSTO (*Va a la puerta de la derecha*)

¡Chico! ¡Eh! ¡Botones!... Vete a la puerta del escenario, y allí veras a dos señores con pinta de paletos. Les das estas localidades de mi parte.

PACA (*Dando una tarjeta a Esteban*)

Don Esteban, aquí fuera hay uno que le busca a usted que me ha dado esta tarjeta.

ESTEBAN (*Toma la tarjeta y la lee*)

¡A ver! ¡Calla, si es mi recomendado! ¡Menuda lata me está dando! ¿Te importará que pase? Lo despacho en un voleo.

OLIMPIA

Que pase; conoceremos a tu recomendado.

ESTEBAN

Paca, dile que entre. (*Vase Paca por la derecha*)

ESCENA CUARTA

DICHOS Y VICENTE

ESTEBAN

¿Qué hay Vicente? ¿Me va usted a perseguir hasta aquí?

VICENTE

Tengo un verdadero honor, mucho honor.

ESTEBAN

Bueno, ¿qué quiere usted?

VICENTE

Deseaba saludar a usted, don Esteban.

ESTEBAN

Dígalo pronto porque usted no se contenta con saludar.

VICENTE

Necesitaba una recomendación.

ESTEBAN

¿Otra?

VICENTE

A riesgo de abusar.

ESTEBAN

¿Qué es?

VICENTE

Gracias a las recomendaciones de usted, entré en la oficina de Fomento de la provincia y pude conseguir también la plaza en el Catastro; pero como a mí me convenía estar en Madrid, me valía del medio reglamentario para no ir a mis oficinas.

AUGUSTO

Claro que le pagarían los dos sueldos.

VICENTE

¡Ah! Sí señor. Naturalmente. Ahora hay una plaza que me conviene mucho, para la cual, concursan dos personas que pueden hacerme daño: un ingeniero y otro que la está desempeñando interinamente, hace diez años, y yo, aunque el ingeniero estará mejor preparado, creo que si me ayudara don Esteban podría inutilizarlo. En cuanto al meritorio, pare-

LA PLUMA

ce que tiene la benevolencia del Tribunal que ha de juzgar porque es hombre de mucha familia y de pocos recursos. Sería lastimoso que el Tribunal, dejándose llevar de un sentimiento de conmiseración y fundándose en que ya ha desempeñado interinamente este cargo, vaya a dárselo en propiedad produciéndome a mí un verdadero trastorno.

PAQUIRO

¡Vaya un gachó!

ESTEBAN

¡Bien, hombre, bien!

VICENTE

Yo, claro, por mi empleo en el Catastro, he podido hacer algún favor evitando el pago de una contribución y por eso tengo simpatías entre los adinerados, don Esteban ya sabe...

ESTEBAN

Sí, ya sé que gracias a usted, me dijo mi administrador...

VICENTE

Sí, que el Coto del Espino que es tierra de huerta paga como de secano.

ESTEBAN

Bueno, ¿y qué?

VICENTE

Una carta de usted para don Federico y creo que me lo arreglará todo.

ESTEBAN

Mañana vaya a recogerla a casa.

PAQUIRO

Pues sabe usted que siento no tener algún chanchullito en esa provincia para que usted me lo arreglara.

VICENTE

Tendría un verdadero placer.

OLIMPIA

Vaya, se ve que puede usted andar solo por el mundo.

VICENTE

Señorita, a sus órdenes.

ESTEBAN

Bueno, hasta mañana.

VICENTE

Señorita..., caballeros..., tengo mucho honor...

ESCENA QUINTA

DICHOS, MENOS VICENTE

OLIMPIA

Don Esteban. ¡Vaya un tío que estás hecho!

ESTEBAN

Chica, ¡cosas de allá!

PAQUIRO

Y de acá, porque aunque se rían ustedes, he de decir, que gracias a mi amistad con un ministro paisano, fué nombrado un chico simpático, eso sí, profesor de Filosofía. (*Rien.*)

ESCENA SEXTA

DICHOS y un AVISADOR a la puerta.

AVISADOR

¡Señorita Olimpia! Voy a empezar cuando usted guste.

LA PLUMA

OLIMPIA

¿Venís?

JULIO

Yo, sí voy.

ESCENA SÉPTIMA

AUGUSTO, PAQUIRO, DON ESTEBAN y PACA (que entra en la izquierda).

AUGUSTO

Este Julio, es cosa perdida.

PAQUIRO

Sí, se le ha metido esa mujer en el alma.

ESTEBAN

Ese chico, no tiene sentido común. Buena diferencia va de la manera de ser con Olimpia de usted, de ti, Paquiro, o de mí.

PAQUIRO

La diferencia es, que ni usted, ni Augusto, ni yo, queremos de verdad a Olimpia, y Julio está chalao por ella.

ESTEBAN

No me explico, no me explico esa manera de ser. Yo, no tengo la pretensión de ponerme de modelo de nadie. Tengo mis líos como cualquiera; pero, eso sí, ante todo, mi mujer y mi hija. Yo vengo por estos sitios, donde, para qué negarlo, no hay una moralidad excesiva, y a veces empiezo a tontear con una, que unas veces puede ser una bailarina, otras, una cupletista, quizás, una camarera. La obsequio, la distraigo, se divierte conmigo, me cuesta mi dinero, y me lo gasto con verdadero placer. Pero en cuanto yo noto que la muchacha me va interesando demasiado, me pongo en guardia; eso no, ante todo la tranquilidad de mi mujer y de mi familia. Ya digo, en cuanto noto que una muchacha de estas empieza a interesarme, la dejo y busco otra. ¿No estoy en lo cierto?

PAQUIRO (*Rie*)

¡Pchs! La cuestión es poder hacerlo.

AUGUSTO

Yo, la verdad, tomo a Olimpia como un excitante. Su gracia, su belleza, su desparpajo, sus cualidades...

ESTEBAN

Si es que tiene alguna cualidad fuera de su hermosura y de su instinto artístico del baile.

AUGUSTO

Bien, sí. Pero aparte de eso. Sean cualidades o defectos. Yo me embriago con Olimpia, como Poe con aguardiente, o Verlaine con ajeno. Es el más poderoso estimulante poético que he encontrado en mi vida. Tienen para mí sus gestos, su figura, los faralares de su falda, un sentido igual al que para un poeta geórgico...

PAQUIRO

No te entiendo una palabra.

AUGUSTO

Hombre. Como el sentido que tiene para uno que haga versos del campo, una gavilla de mieses o un rebaño...

PAQUIRO

Si te oye ella, te ahoga.

AUGUSTO

¡Pero si es un elogio! Me gusta verla..., pero de lejos, sin meterme en honduras, como a un hermoso cuadro. Si te acercas a un lienzo pintado, ves barniz, pelos del pincel, gotas de aceite endurecido, resquebrajaduras...; esas cosas son las que no quiero ver en el hermoso cuadro de Olimpia.

LA PLUMA

PAQUIRO (*Riendo*)

¿Pero tú crees que ella tiene esas porquerías? Vamos, para mí que tú estás todavía más chalao que Julio.

AUGUSTO

Entre tú, Paquiro; usted, Don Esteban, y Julio, han establecido un «match», cuyo premio puede ser Olimpia. Don Esteban va empujado por su dinero, su trato con las mujeres...

PAQUIRO (*Riendo*)

Pues el Julito se las tiene tiesas con usted, Don Esteban.

AUGUSTO

Tú, Paquiro, tienes en tu favor toda la prestancia del torero. Porque tú no eres de esos toreros que parecen, fuera de la plaza, unos buenos empleados de oficina. No, tú eres el torero tradicional, valiente, gastador y buen mozo.

ESTEBAN (*Riendo*)

Pues Julio se sostiene a tu lado, Paquiro.

AUGUSTO

Lo sabe, y lo sabemos todos. Pero es, poniendo ustedes lo de menos y él lo de más. Para usted representa Olimpia unos fajos de billetes de menos en su cartera, que su administrador se encargará de reponer. Para Paquiro, Olimpia es un capricho. Volver un día de la plaza de toros con la mujer de más postín de Madrid, y que alguno rabie de envidia y que alguna palidezca y se muerda los labios al decir: «Olimpia de Toledo, está ahora con el Paquiro».

ESTEBAN

Para Julio, Olimpia debía ser la modelo, el Arte.

AUGUSTO

Pues eso es lo que no ocurre. Para Julio, Olimpia es la vida, la vida misma.

PAQUIRO

¡Bah, la vida!...

AUGUSTO

Todas esas ropas, esos perfumes, esos afeites de la bailarina, exhalan un relente que a todos nos marean como un vino encabezado. A nosotros es aquí, aquí sólo. En cuanto yo salgo de aquí, desaparece el efecto de embriaguez. Pero en Julio, no. La imagen de Olimpia le persigue. En su estudio de pintor...

ESTEBAN

Está bien. En el estudio, está bien.

AUGUSTO

Sí, en un estudio puede reinar el recuerdo de las mujeres como Olimpia. Pero que Julio, en el humilde comedor de su casa, mientras su madre hace calceta a la luz de la lámpara y su hermana borda, piense en Olimpia, y que él, que aquí es un esclavo, el más miserable de los esclavos, capaz de barrer con la lengua el polvo que pisan los tacones de Olimpia, sea allá un tirano caprichoso, que atormenta a su madre y a su hermana. Y todo, ¿por qué? Porque Olimpia no le quiere, como él quiere que le quiera.

ESTEBAN (*Riendo*)

Ya sabía yo que nuestro amigo Augusto sueña con la muchacha que borda bajo la lámpara, al lado de su madre.

AUGUSTO (*Riendo*)

Es verdad. Bueno, don Esteban. Me dirá usted que no merece la pena de emborronar cuartillas con sonetos dedicados a Olimpia, para luego salir con cantinelas burguesas.

ESTEBAN

Por eso, vuelvo a repetir, que mi sistema es el mejor. En cuanto se siente el menor interés por una... a otra.

LA PLUMA

PAQUIRO

Es que a Julio se le ha metido Olimpia en la cabeza, y en ella le da vueltas como un chiquillo goloso a un caramelo.

ESTEBAN

Y a juzgar por el ruido que llega hasta aquí, debe estar volviendo loco al público.

PAQUIRO

Con tanto charlar no la vamos a ver. (*Vanse.*)

ESCENA OCTAVA

PACA se acerca a la puerta de la derecha y escucha el ruido lejano de los aplausos, después JULIO

JULIO (*Entra atropelladamente*)

¡No! ¡No quiero verla. (*Se sienta en un diván, la cabeza entre las manos.*) ¡Qué asco! ¡Qué vergüenza!

PACA (*Sonríe irónica*)

¡Ay, señorito Julio! ¡Cómo varían ustedes los hombres!

JULIO

¡Nunca! ¡Nunca ha estado así esa mujer! ¡Nunca!

PACA

Vamos, señorito Julio. No hace todavía ocho días que estaba usted entusiasmado con las cosas que la señorita hace en el escenario.

JULIO

¿Tú crees? ¿Tú crees de verdad que Olimpia hacía esos gestos, esos desplantes, cuando empezó a bailar aquí?

PACA

¡Pues claro, señorito Julio, pues claro! Cuando usted la decía a Olim-

pia: ¡Qué magnífica! ¡Qué estupenda has estado! ¡Olimpia, qué bien! Era lo mismo que ahora.

JULIO

No, Paca; no me digas eso.

PACA (*Riendo*)

¡Ay qué gracia que tiene, lo que usted dice, señorito Julio! ¡Ja... ja! ¿De modo que usted cree que mi señorita ha cambiado en estos ocho días? ¡Vamos, que aquí el que ha dado el cambio es usted!

JULIO

¿Pero tú la has visto en este baile?

PACA

¡Anda! ¡La mar de veces!

JULIO

Asómate a mirarla, asómate; verás cómo nunca la has visto tan desvergonzada, tan... asquerosa.

PACA

¡Bah! ¡Bah!, señorito Julio. Que todas esas cosas son figuraciones de usted. No necesito verla, porque me la sé de memoria. Hoy, no digo, puede que cargue la mano para entusiasmar al duque. Como dicen que es el amo, en algunos teatros extranjeros, porque allá se deja *un* porción de pesetas...

ESCENA NOVENA

DICHOS, PAQUIRO y AUGUSTO

PAQUIRO

¡Vaya final! ¡Ha estado superior! ¡Daba miedo cuando se marcó la puñalada!

AUGUSTO

Sí, parecía que clavaba de verdad.

LA PLUMA

ESCENA DÉCIMA

DICHOS y OLIMPIA

OLIMPIA (*Fadeante, despeinada, flores en la mano izquierda, y el puñal en la derecha*)

¡Ah!... ¡Ah!... ¡Qué ovación!... ¡Así!... ¡Así me gusta!... ¡Oh!... ¡Volverlos locos!... ¡Que griten!... ¡Que rujan!... Cientos y cientos de ojos... que quieren comerme..., atravesarme con la mirada..., cientos y cientos de cabezas congestionadas... de amor...; bueno, de lujuria... mejor. Y la vibración de las manos que aplauden. ¡Eso!... ¡Eso es lo que a mí me vuelve local! ¡Ah, Paquiro! Aquí, tú y yo solos hemos sentido eso. Ven, Paquiro; dame un abrazo, compañero... Tú y yo solos..., no éstos. El uno con sus poemas, el otro con sus cuadros... ¡Valientes éxitos!... De sonrisas, de cuchicheos..., no de alaridos... de rugidos. ¡Eh, Paquiro! ¿Cómo alienta? ¿Cómo gruñe?... Late como una jauría de perros rabiosos... ¡Ah, qué gusto! (*Se deja caer sobre un diván.*)

PAQUIRO

Sí, eso, la verdad puede mucho.

OLIMPIA

¡Ja! ¡Ja! ¡El duque loco! ¡Loco! Sacaba medio cuerpo fuera del palco y gritaba: «¡Bravo! ¡Bravo!» ¡Que rabien esas idiotas! La Pelitos... ¡Bah! Cuatro aplausos pagados de la clac. Pero a mí... ¡Oh, cuando di la puñalada casi tuve miedo, creí que se me echaban encima! ¡Oh, qué bien! (*Pensativa.*) Bueno, Paquiro, tú tienes una ventaja... Claro.

PAQUIRO

¿Cuál, chiquilla?

OLIMPIA

Cuando tú clavas... clavas de verdad, ¡Salta la sangre!...

PAQUIRO

Es verdad, se moja uno.

AUGUSTO

Cuando dabas la puñalada parecía que el arma se teñía hasta la cruz. Tal era la intensidad de tu gesto.

PAQUIRO (*Tomando el puñal*)

Sí que tiene lo suyo el agujón.

OLIMPIA

¿Viste que mustias estaban esas, Paquiro? ¡Que rabien! ¡Que se mueran!... Pero este Julio... ¡Me incomoda verte con esa cara triste ¿Es que te da envidia?

JULIO

¡Oh, no!...

AUGUSTO

Julio se alegra de tus triunfos, como todos.

OLIMPIA

Pues entonces ¿a qué corromperme las oraciones con esa cara avinagrada? Es lo que me indigna ¡No hay satisfacción completa! Me gusta ver contento a todo el mundo cuando yo estoy contenta, y siempre tienes tú que ser el que ponga una gota amarga en mis alegrías. Pero, bueno, ¿a qué me meto yo a filosofar? Paquiro, di que traigan una botella de champagne. Trincaremos.

PAQUIRO (*Desde la puerta de la derecha*)

¡Eh! ¡Botones!... Que traigan una botella de champagne y copas. Pronto. Si las traes en seguida te ganas dos pesetas.

ESCENA UNDÉCIMA

DICHOS y la MOGIGONA

MOGIGONA

¿Dan ustedes su permiso?

LA PLUMA

OLIMPIA

¿Quién es?

MOGIGONA

Ana Montoya, señorita Olimpia; Ana Montoya la Mogigona.

AUGUSTO

Adelante la cali.

MOGIGONA

¡Ay, señorita Olimpia! O me dejas darte un beso o aquí mismo me dá un soponcio.

OLIMPIA

¿Pero qué quiere usted?

MOGIGONA

Besalla, besalla, y na más que besalla. ¡Jesús y vaya una marnnerita de bailá! Como las mismas santas del sielo ha bailao esta endina. Y dejarme que la vea. ¡Y es paya! Pa que aluego digan que para bailar hay necesiá de tener sangre de gitanería! Ven acá tú, escarrilá! ¿Quién te ha enseñao a ti eso? Ven acá tú, ojos de terciopelo. ¡Nombre bendito de Dios y de la Virgen! Que yo he visto boleras de chipén y lo he sío; sí, que yo lo he sío. Pero bailar como tú, por éstas que no lo vide en jamás de los jamases. Déjame, déjame miralte, paloma zorita. Así que estáis vosotros hechos cachos por esta gloria. ¡So bribones escarrilaos!

OLIMPIA

¿De modo que usted ha bailado, señora Mogigona?

MOGIGONA

¿Que si he bailao? Que se lo pregunten a los calos viejos de Sevilla. ¿Que si he bailao? En el café del Burrero. Con bata, eso sí, con bata larga; porque eso de la farda de campaniya no es de tablao legítimo. *(El botones con una botella de champagne y copas en una bandeja.)*

OLIMPIA

Y ahora ¿qué hace usted? (*Paquiro descorcha.*)

MOGIGONA

Pues ahora acompañando a mi niña, que me ha salido bolera y trabaja en la sección de la tarde, en el cuadro de flamenco.

OLIMPIA

¿Y cómo se llama su hija?

MOGIGONA

Quería ponella la Mogigona chica.

PAQUIRO

¡Parece mote de novillero!

MOGIGONA

Por eso mismo, ella no quiso, y la llaman la Modes.

AUGUSTO

¿Pero eso es francés?

MOGIGONA

¡Qué va a ser francés! El francés serasté. La niña se apellida la Modes, porque se llama Modesta. ¡Vaya ahora!

OLIMPIA

Bueno, Mogigona, bueno. ¿Tomará usted una copita de champagne? ¿Y por qué no ha traído usted a su niña?

MOGIGONA (*Bebe*)

Vaya, salud. Pues mi niña no se atrevió a venir. «No vayasté—me decía—, que la Olimpia tiene una fama de orgullosa...» Y yo voy—la respondí—, porque una mujer que baila como ella baila, tiene que ser una buena mujer. Pero mi niña no quedría venir ni a pedazos. ¿Que por qué? Porque hay un tío que me la trae enarbolá, y no hace más que suspirar y tener unas ojeras descolgás que le llegan a la boca.

LA PLUMA

OLIMPIA

¿Y quién es ese bribón que enarbola a la Mogigona chica?

MOGIGONA

La Modes quedrás decir.

OLIMPIA

Es lo mismo.

MOGIGONA

Que no es lo mismo, que no es lo mismo, que si a mi niña la ponen ese alias la han matado para su porvenir del baile. Y ese gachó que me la tiene martirisá, no es este payo que escribe versos, ni tampoco ese poyo que lo tienes crucificado. Ni el payo ni el poyo, es el piyo de Paquiro, que con el aquel de que es mataor, se le figura que puede pisotear la honra de los probes.

PAQUIRO

Vaya usted...

MOGIGONA

¿Vayaste?... So vayaste.

PAQUIRO

¡Demonio de bruja! Que me está metiendo a su niña por las narices.

MOGIGONA

Yo no le he metido a usted náa.

OLIMPIA

Vamos, señora Mogigona, que venir aquí en busca de apaños para la chica. ¡Está bonito! ¡Bien!

PAQUIRO

Vamos, señora; largo...

MOGIGONA

Sí que me voy, torero de la jindama, y tú, Olimpia, no te fíes. Si me

hubiera enseñado la parma de la mano, de seguro, de seguro que encuentro, que entre tus amigos está el que te dará un disgusto. ¡Descarri-laos! ¡Lipendiosos! (*Vase.*)

ESCENA DÉCIMOSEGUNDA

DICHOS menos la MOGIGONA

AUGUSTO

¡Es un tipo curioso!

OLIMPIA

Voy a arreglarme. (*Pasa por la puerta de la izquierda.*)

Paca, me vas a dar el traje azul de cachemira. Creo que es el que me hace más endemoniada. Voy a ver si consigo volverle el juicio a ese embajador extraordinario de su majestad Karpática. ¡Vaya un tío que debe estar hecho el tal duque! Tienen cierto chic, esos tipos rojos con el pelo casi blanco. ¡Es un gran modelo, Julio! (*Entra en la puerta de la izquierda.*)

PAQUIRO

Si viene por aquí, le toreas tú con ese traje que te estás poniendo, yo le doy la estocada y Julio la puntilla.

OLIMPIA (*Dentro*)

Pues me ha gustado el duque.

AUGUSTO

¡Adiós, la veleta!

OLIMPIA

¿Qué veleta? ¿Me habéis clavado el alma alguno de vosotros, para que esté siempre mirando al mismo sitio? Eres tú muy poquita cosa para sujetarme, Paquiro de mi vida; ni tú, poetastro. ¡Ja, ja! ¿Y el mustio? ¿Qué

LA PLUMA

dice el mustio? ¿Qué dices tú, Julito monono? ¿También te da coraje que el duque pueda venir aquí?

JULIO

Yo no digo nada, nada.

OLIMPIA

Pero qué, ¿os váis a incomodar por eso? ¿Por un enamorado más con quien tenéis que compartirme? ¡Tontos! Uno más. ¡Bah! Si todavía os tocan a muchas (*sale abrochándose el traje*). ¡Sois insoportables! Vamos a ver, viene aquí el duque, y qué ¿es que aquí no hay sitio para uno más?

AUGUSTO

Te diré, Olimpia. Nosotros habíamos formado una especie de sociedad por acciones, para explotar el caudal de tus sonrisas, de tus miradas. Si ahora nos metes aquí un elemento extraño, todo este tinglado, tan bien establecido, se viene abajo.

OLIMPIA

¡Me alegro!... ¡Abajo todos los tinglados! ¡Abajo lo existente! Paquiro, dame una copa. Bebamos al cambio general, a lo imprevisto, a las veletas, a los pájaros, a las mujeres variables y los amores inconstantes.

AUGUSTO

Bebamos. Desde esta noche me pongo a componer versos para la Pelitos.

OLIMPIA

Te guardarás muy bien, mamarracho.

PAQUIRO

Yo también tengo echado el ojo a una chavalilla...

OLIMPIA

Te mato, Paquiro.

LA PLUMA

AUGUSTO

En cuanto a don Esteban, como parece que iba interesándose por ti, te ha cambiado en el altar de su corazón por madamuasel Perrin, la emperatriz de la barra fija.

OLIMPIA

¡Bah! El volverá..., ¡Poco miedo tengo de que os vayáis! Estáis seguros... Vosotros sois veletas roñosas, a las que el viento no puede mover, siempre miraréis al mismo sitio, hacia donde esté Olimpia, ¿No es verdad, Julio?

AUGUSTO

Vaya, vamos a brindar por la mujer de gran cabeza y corazón, estrictamente necesario. Por Carmen la Cigarrera, de Merimée, puesta en solfa por Bizet, por la que cien años después deja la serranía de Ronda y se hace bailarina de Music-Hall.

OLIMPIA

Esa soy yo.

AUGUSTO

Tú misma, que tienes la suerte de no tropezar con don José el Navarro que te pudiera dar un disgusto.

ESCENA DUODÉCIMA

DICHOS y el EMPRESARIO y un BOTONES con un ramo de flores.

EMPRESARIO

¡Olimpia! ¡Olimpia! El duque de Bistonía me ha llamado a su palco... Quiere verte... ¡Mira qué ramo te envía!... Pero fíjate en lo que cuelga de esa cinta... He venido con el chico por eso...

OLIMPIA

¡Oh!... ¡Qué magnífico!... ¡Es un regalo de príncipe!... Mirad. ¿Eh? ¡Es estupendo! Trae las tijeras, Paca, para cortar esta cinta... ¡Cómo

LA PLUMA

destella! (*Corta la cinta y mira un anillo a la luz.*) Siempre he presumido de brillantes... pero como este no tenía ninguno. ¡Qué hermosura!... ¿Va a venir el Duque? ¿Va a venir?

BOTONES

Aquí tengo una tarjeta...

OLIMPIA

A ver... (*Lee.*) Sí, sí, dígame usted... ¿Porque usted volverá al palco?

EMPRESARIO

Sí.

OLIMPIA

Pues le dice usted que con mucho gusto... ahora mismo... que me espere en el Hotel,

EMPRESARIO

Bueno, mujer. No dirás que no me porto bien contigo.

OLIMPIA

Es usted, ¡el rey de los empresarios!

PAQUIRO

¡El rey de los alcáhuetes! (*Vase el empresario y el botones.*)

ESCENA DÉCIMATERCERA

DICHOS menos EMPRESARIO y el BOTONES

OLIMPIA

¡Qué delicia!... A tout seigneur, tout honneur... Tendré que llevarlo solo... con las manos limpias de joyas... solo... el solitario. Me tenéis que perdonar, ¿eh?, amigos... No, si yo aprecio tanto como éste vuestros regalos y siempre, siempre, los llevaré. Pero hoy dejadme que me

los quite durante unas horas. (*Va quitándose las sortijas.*) Este es el de Esteban, el infiel... es monísimo, se ve que Esteban tiene mejor gusto para los anillos que para las mujeres. El otro es el del poeta, ópalo, mala suerte dicen que da, y yo, desde que lo llevo en mi mano, no he tenido más que satisfacciones. Este es el tuyo, Paquiro. Aquí se ve el rumbo... ¡Qué verde es tu esmeralda! Parece una gota de veneno. ¿Eh? ¿No es verdad que tiene un aire malévoló esta piedra achatada? Este es el sujetador de Julio. ¿Le pusiste en el interior la fecha en que me conociste?... Sí... hace hoy diez días justos.

PAQUIRO

Bueno, Olimpia, te dejo... adiós.

OLIMPIA

¿Apuesto a que te vas incomodado?

PAQUIRO

¡Adiós, mujer... adiós! (*Vase.*)

ESCENA DÉCIMACUARTA

DICHOS menos PAQUIRO

AUGUSTO

En un sitio tan moderno, tan actual, como es el cuarto de una bailarina, se ven cosas parecidas a las que ocurren en una selva virgen... ¡Vaya un poemita que me está brotando en la cabeza!

OLIMPIA (*Poniéndose el sombrero ante un espejo*)

¿De verdad? ¿Un poema en que salgo yo? Me gusta eso.

AUGUSTO

Mira: en un picacho del monte hay una oveja, y por el cielo los buitres vuelan en grandes círculos. El olor de la res les atrae y van bajando lentamente para clavar sus garras y su pico. De repente, en el fondo del

LA PLUMA

cielo aparece un punto negro, cada vez es más grande. Es un pájaro de largas alas, es el condor, el más fuerte, viene, abate su vuelo sobre la presa...

OLIMPIA

Pues no sé que tiene eso que ver conmigo.

AUGUSTO

Contigo...

OLIMPIA

¡Ay, poeta, cómo te equivocas! Haz que la corderita que está en el monte no sea cordera. ¿Sabes lo que es?

AUGUSTO

¿Qué?

OLIMPIA

¡Una loba! Haz que sea una loba. Bueno, chicos... me voy. Paca, guarda estas cosas.

JULIO

¿Vas a buscar al duque?

OLIMPIA

Sí, chico.

JULIO

¿A cenar con él?

OLIMPIA

Sí, eso me dice en la tarjeta.

JULIO

¡Olimpia!, no vayas.

OLIMPIA

¡Pero Julio!..., ¡por Dios!, no seas simple. ¿Qué tonterías se te ocurren?

JULIO

Te suplico que no vayas.

OLIMPIA

Augusto, haz el favor de convencer a Julio. ¡Vamos, no seas bobín!

JULIO

¡Por lo que más quieras, no vayas!

OLIMPIA

Por lo que más quiero iré.

JULIO

¿Qué es lo que más quieres?

OLIMPIA (*Impaciente:*)

¿Pero no lo sabes? ¡Torpe! ¿No lo has comprendido? Lo que más quiero soy yo, yo misma... Me conviene intimar con el duque. Quiero ser amiga suya. Lo necesito y lo seré. Anda Julio, déjame en paz con tus tonterías.

JULIO

Olimpia, no quiero que vayas.

OLIMPIA

¿Que tú no quieres que vaya?

JULIO

No, no quiero.

OLIMPIA

No te sienta bien el papel de chulo, no tienes el tipo... mira que yo los conozco bien. Todavía no ha habido ninguno que se me haya impuesto.

JULIO

Yo no soy un chulo, ni quiero serlo. Pero no irás a cenar con el duque.

LA PLUMA

OLIMPIA

Augusto, llévatelo..., no vayamos a dar un escándalo en el teatro...
Anda, Julio..., vete..., vete...

JULIO

No me iré y no saldrás de aquí.

OLIMPIA

¿Pero quién va a impedírmelo?

JULIO

Yo.

OLIMPIA

Ni tú, ni nadie.

JULIO (*Va a la puerta y la cierra con llave.*)

No saldrás..., no saldrás.

OLIMPIA

Abre, abre la puerta; dame esa llave.

JULIO

No.

OLIMPIA (*Amenazando con el puñal.*)

¿Me darás la llave?

AUGUSTO

¡Olimpia! ¡Olimpia! Vamos, Julio, abre.

JULIO

No.

OLIMPIA (*Marchando hacia Julio.*)

¡Maldita sea!... Te clavo.

JULIO

Clava... ¿no querías sangre?... clava.

OLIMPIA (*Tira el puñal.*)

¡Bien!... ¡Está bien!... La escena resultaba tragicómica (*coge una copa de champaña y se la bebe.*) ¡Paca!... ¡Paca!

PACA (*Al otro lado de la puerta de la derecha.*)

Mande usted, señorita.

OLIMPIA

Mira, pregunta por ahí si hay una llave que venga bien a esta puerta, y si no, que avisen a un cerrajero, ¿sabes?, porque el señorito Julio ha hecho la gracia de cerrar y guardarse la llave. Chico, conmigo la tragedia no va a resultar. Todo lo más, un mal sainete. (*Con sorna.*) ¿Me das la llave, precioso?

(*Augusto quita la llave a Julio y abre la puerta.*)

OLIMPIA

Adiós chicos... Ya sabéis que mientras esté yo aquí esta puerta está abierta de par en par para vosotros, pero también para mí. (*Vase.*)

(*Julio se cubre la cara con las manos. Augusto sigue a Olimpia con la mirada.*)

TELON

FIN DEL SEGUNDO ACTO

RÍCARDO BAROJA.





LA HERMOSURA DE OCTUBRE

*Castillo en la cima,
Soto, raso, era,
Resol en la aldea,
Soledad, ermita.*

*En el río, niña,
Niña el agua verde,
Señorón el puente,
Y la aceña, en ruinas.*

*¡Salve, ronda inclita!
Vuelan los vencejos
Sin cesar, por miedo
Del ala abatida.*

*Un cazador mira,
Simple, hacia el confín,
Lebrel zahorí
La liebre adivina.*

*Octubre. Castilla.
Perfiles dorados
De otero y de árbol.
Claridad cernida.*

*La tierra caliza
Que fué polvareda
Es ahora tersa
Calma adamantina.*

*¡Diáfanas vistillas!
Asombra a la gema
Tanta transparencia.
Los aires se atildan.*

*¡Encumbrada insula
De contorno estricto
Que pone en olvido
La onda indecisa!*

*Amor a la línea:
La vid se desnuda
De una vestidura
Demasiado rica.*

*Y una canastilla
De alacres racimos
Traza un laberinto
De sueños encinta.*



12

LA PLUMA

*Grávida de prisa
Cae en el futuro
—¡Ay cuán cejijunto!—
La buena semilla.*

*Duda la sibila
Cavilosa, y calla.
Sonrien las hadas
A un rey en mantillas.*

*¿Ya se ruboriza
El adolescente
Que, sin beber, cree
Su sed infinita?*

*¿Brillará a hurtadillas
En la mano blanca
De la desposada
La nueva sortija?*

*Estilo en la dicha,
Sapiencia en el pasmo,
Entre errante fausto
La rama sencilla.*

*Tenue melodía
Recorre el follaje.
¿Por ventura un ave
Gorjea escondida?*

*Cúspide rojiza,
Gualda y verde coda,
El follaje, a solas,
En los chopos pia.*

*¡Invisible brisa
Entre chopo y astro!
Y todo el espacio
De consuno vibra.*

*Esta luz antigua
De tarde feliz
No puede morir.
¡Eterna luz íntima!*

*—¡Pronto, pronto, ensilla
Mi mejor caballo!
¡El camino es ancho
Para mi porfia!*

JORGE GUILLÉN.





ANTOLOGÍA

LOS CATALANES

SON los catalanes por la mayor parte hombres de durísimo natural; sus palabras pocas, a que parece les inclina también su propio lenguaje, cuyas cláusulas y dicciones son brevísimas; en las injurias muestran gran sentimiento, y por eso son inclinados a la venganza; estiman mucho su honor y su palabra; no menos su exención, por lo que entre las más naciones de España son amantes de su libertad. La tierra, abundante de asperezas, ayuda y dispone su ánimo vengativo a terribles efectos con pequeña ocasión; el quejoso o agraviado deja los pueblos y se entra a vivir en los bosques, donde en continuos asaltos fatigan los caminos; otros, sin más ocasión que su propia insolencia, siguen a estotros; estos y aquéllos se mantienen por la industria de sus insultos. Llaman comunmente andar en trabajo aquel espacio de tiempo que gastan en este modo de vivir, como en señal de que le conocen por desconcierto; no es acción entre ellos reputada por afrentosa, antes al ofendido ayudan siempre sus deudos y amigos. Algunos han tenido por cosa política fomentar sus parcialidades por hallarse poderosos en los acontecimientos civiles: con este motivo han conservado siempre entre sí los dos famosos bandos de narros y cadells,

no menos celebrados y dañosos a su patria que los güelfos y gibelinos de Milán, los pafos y medicis de Florencia, los beamonteses y agramonteses de Navarra, y los gamboinos y oñasinos de la antigua Vizcaya.

Todavía se conservan en Cataluña aquellas diferentes voces, bien que espantosamente unidas y conformes en el fin de su defensa: cosa asaz digna de notar, que siendo ellos entre sí tan varios en las opiniones y sentimientos, se hayan ajustado de tal suerte en un propósito, que jamás esta diversidad y antigua contienda les dió ocasión de dividirse; buen ejemplo para enseñar o confundir el orgullo y disparidad de otras naciones en aquellas obras cuyo acierto pende de la unión de los ánimos.

Habitan los quejosos por los boscajes y espesuras, y entre sus cuadrillas hay uno que gobierna, a quien obedecen los demás. Ya de este pernicioso mando han salido para mejores empleos Roque Guinart, Pedraza y algunos capitanes de bandoleros, y últimamente don Pedro de Santa Cilia y Paz, caballero de nación mallorquín, hombre cuya vida hicieron notable en Europa las muertes de trescientas y veinticinco personas, que por sus manos o industria hizo morir violentamente, caminando veinticinco años tras la venganza de la injusta muerte de un hermano. Ocúpase estos tiempos don Pedro sirviendo al Rey Católico en honrados puestos de la guerra, en que ahora le da al mundo satisfacción del escándalo pasado.

Es el hábito común acomodado a su ejercicio: acompañanse siempre de arcabuces cortos, llamados pedreñales, colgados de una ancha faja de cuero, que dicen charpa, atravesada desde el hombro al lado opuesto. Los más desprecian las espadas como cosa embarazosa a sus caminos; tampoco se acomodan a sombreros, mas en su lugar usan bonetes de estambre listados de diferentes colores, cosa que algunas veces traen como señal, diferenciándose unos de otros por las listas; visten larguissimas capas de jerga blanca, resistiendo gallardamente al trabajo, con que se reparan y disimulan; sus calzados son de cáñamo tejido, a que llaman

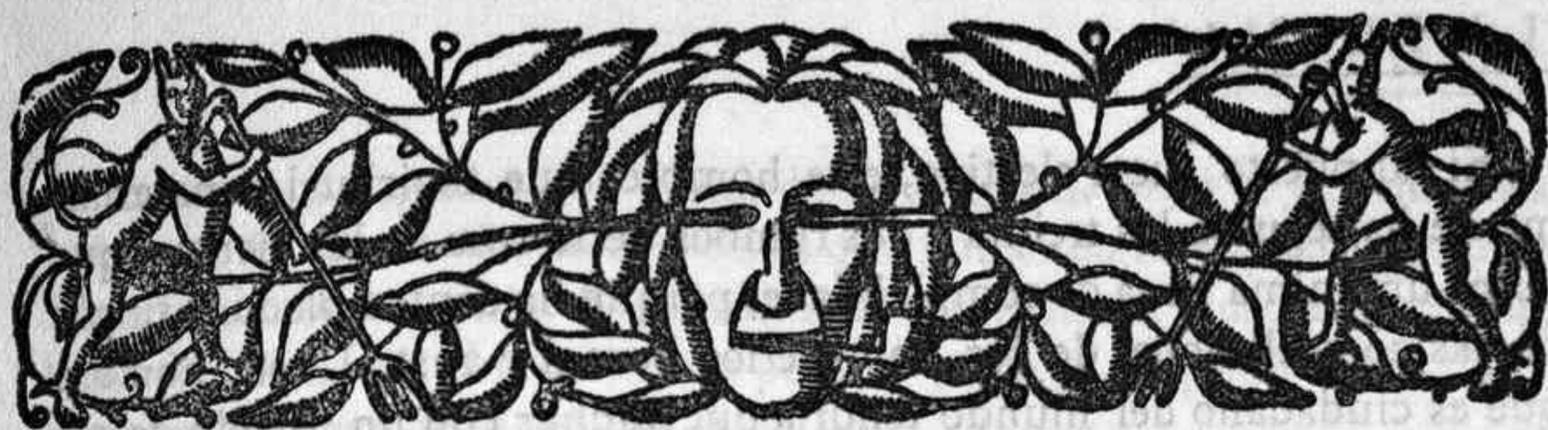
LA PLUMA

sandalias; usan poco el vino, y con agua sola, de que se acompañan, guardada en vasos rústicos, y algunos panes ásperos que se llevan, siempre pasados del cordel con que se ciñen, caminan y se mantienen los muchos días que gastan sin acudir a los pueblos.

Los labradores y gente del campo, a quien su ejercicio en todas provincias ha hecho llanos y pacíficos, también son oprimidos de esta costumbre; de tal suerte, que unos y otros, todos viven ocasionados a la venganza y discordia por su natural, por su habitación y por el ejemplo. El uso antiguo facilitó tanto el escándalo común, que, templado el rigor de la justicia, o por menos atenta o por menos poderosa, tácitamente permite su entrada y conservación en los lugares comarcanos, donde ya los reciben como vecinos.

No por esto se debe entender que toda la provincia y sus moradores vivan pobres, sueltos y sin policía; antes, por el contrario, es la tierra, principalmente en las llanuras, abundantísima de toda suerte de frutos, en cuya fertilidad compite con la gruesa Andalucía, y vence cualquiera otra de las provincias de España; ennoblécenla muchas ciudades, algunas famosas en antigüedad y lustre; tiene gran número de villas y lugares, algunos buenos puertos y plazas fuertes; su cabeza y corte, Barcelona, está llena de nobleza, letras, ingenios y hermosura, y esto mismo se reparte con más que medianía a los otros lugares del Principado. Fabricó la piedad de sus príncipes, señalados en religión, famosos templos consagrados a Dios. Entre ellos luce, como el sol entre las estrellas, el santuario de Monserrate, célebre en todas las memorias cristianas del universo. Reconocen el valor de sus naturales las historias antiguas y modernas en el Asia y Europa; ¿África también no se lo confiesa? Es, en fin, Cataluña y los catalanes una de las provincias y gentes de más primor, reputación y estima que se halla en la grande congregación de estados y reinos de que se formó la monarquía española.

FRANCISCO MANUEL DE MELO.



HOJEANDO REVISTAS

EL NOVELISTA SE METE A CRÍTICO

EL señor don Vicente Blasco Ibáñez es, si el lector gusta de símiles de orden botánico, a modo de cedro del Líbano que se yergue sobre la retama literaria hispánica contemporánea; el señor don Vicente Blasco Ibáñez, es, si el lector prefiere símiles de carácter ornitológico, a modo de águila caudal que se remonta por encima de la bandada de pequeños plumíferos, tipo gorrión.

Si la grey de las gentes de letras, en lugar de esa vaga república—cañamazo de floja urdimbre—en que metafóricamente se hallan insertadas, constituyesen un verdadero organismo político de fuerte cohesión, que tuviese un jefe que fuese un autócrata—nada de división de poderes y *à tout signeur tout honneur*—el señor Blasco alcanzaría la máxima jerarquía: la de Gran Preboste de las Letras Hispánicas de Aquende y Allende los Mares—con, ni que decir tiene, el correspondiente ejercicio de mero y mixto imperio.

Si tal puesto se lograra por conquista este hombre de éxitos retumbantes, ensordecedores, bajaría de su carro triunfal (que a no ser un Rolls-Royce debe ser una carroza en que las bestias que tiren de ella lleven, en lugar de campanillas, tintineantes piezas de 20 pesos, muchas tintineantes piezas de 20 pesos) y lo ganaría con su esfuerzo potente y energía maravillosa.

Si tal puesto fuese electivo, este hombre, que espiritual y materialmente ha seguido los treinta y dos rumbos de la rosa de los vientos, que posee un ánima llena de complejidades porque ha contemplado el fulgor de las constelaciones de los hemisferios boreal y austral, este hombre que es ciudadano del mundo tendría que luchar con un partido de estrecho, de mezquino nacionalismo (jefe a tambor batiente Ricardo León, lugarteniente a pífano enronquecido Diego San José, director espiritual, guía e inspirador a... a... abecesco José María Salaverría); pero Blasco podría repetir el hecho de Maulio el Capitolino—mas como buen levantino con una mayor visión de la realidad, *videlicet*, menos altruísmo—y sin que, por consiguiente, tuviésemos que llorar respecto al valenciano el desastrado fin del romano.

Y hay que hacer especial hincapié en este punto, en esta espléndida posibilidad económica, porque ella es la concreción, el símbolo exaltado, la patente más gloriosa del alto, del excelso mérito artístico del señor Blasco. ¿Cómo pueden literariamente compararse con él, afortunado poseedor de una mansión para invernar en Niza, sus congéneres que sólo tienen, como Baroja, una casa en Vera. o Valle-Inclán, cuyo nombre sólo figura en los libros del Registro de la Propiedad de Cambados? Y no hablemos de esas pobres gentes que viven a merced de caseros... Decididamente, el señor Blasco Ibáñez es el más grande, es el Sol de los literatos españoles actuales.

Natural es, pues, que produzca curiosidad ilimitada en el lector de carácter sencillo y respetuoso la visión, que desde el Himalaya de su gloria y bien ganada fama, ofrece al público norteamericano—esa bonanza, esa rica veta que descubrió en momentos de turbación universal—acerca de *El sensacional traspiés de la novela española*. (En el número correspondiente al mes de febrero de *The Literary Digest International Book Review*, New York. El título en inglés del artículo es «The Sensational Lapse of the Spanish Novel»).

El extractarlo hace perder al documento su excelso valor de vulgaridad e incompreensión, de falsedad y egotismo.

En una primera parte el autor de *Los Cuatro Finetes* galopa a través

de los campos acotados con el nombre de *siglo de oro* y se detiene para hablar de la generación de novelistas que florece en la segunda mitad de la décima nona centuria. En la segunda se remansa a filosofar acerca de la novela inmoral. En la tercera pone el paño al púlpito y se dedica a sermonear acerca del novelista cabal.

Permítaseme que traduzca y subraye algunas de sus afirmaciones. Trata un si es no es desdeñosamente a Galdós porque de él dice que es «el más prolífico de todos, una mezcla de Dickens y de Balzac, que produjo cerca de unos cien volúmenes, creador de innumerables tipos y trabajador infatigable en todas las diversas variedades de este género de ficción—la novela histórica, de costumbres, la política, la dialogada, la epistolar, etc.»—. He aquí, pues, simple y llanamente un mérito cuantitativo, No hay sino comparar este párrafo con el que dedica a Pedro Antonio de Alarcón: «el más genial y el más arrebatado por el genio de todos ellos, el que mantuvo viva una visión de personas y cosas, de la cual se puede decir que fué la más puramente típica de un artista». *Prolífico* sólo el uno, *genial* el otro. ¿Convence la caracterización?

En la segunda parte afirma más de una vez que «en los últimos años—«en los últimos veinte años», puntualiza luego—la novela dió un serio traspiés que la hizo caer en la inmoralidad». Los autores escribían «a sangre fría» novelas inmorales, sin sentir las, con el solo pensamiento de que cuanto más repugnantes fuesen esas novelas tanto mayor sería su venta. Algunos de esos autores eran padres de familias, que, en la dulce calma de sus propios hogares, urdían verdaderas abominaciones literarias por dinero. Y a seguida «la novela que empezó llamándose sensual acabó siendo francamente pornográfica». Un nombre sólo cita en esta enfurecida oración reprobatoria. Es el de Felipe Trigo. ¿Es que la lascivia es la exclusiva marca de su producción? ¿Por qué no reconocer—aparte de que «no carecía de talento literario»—otras altas cualidades de su labor? De hecho don Vicente se ensaña. Por fortuna «la novela española se ha liberado completamente de esta epidemia de salacidad y prosigue su verdadero camino». ¡*Sursum corda!* Pero el ánimo del lector de carácter sencillo y respetuoso se sobrecoge al ver en un párrafo amontonados

LA PLUMA

como en un cajón de sastre los nombres de «los más notables autores contemporáneos», donde hay que suponer que estén todos los que se han «liberado completamente de esa epidemia de salacidad». Helos aquí: «Puedo citar los nombres de Baroja, Valle-Inclán, León, Concha Espina, Ayala, Zamacois, Pedro Mata, Carmen Burgos, La Serna, Hoyos y Vinent, Carretero, José Francés, José Más, Insúa, Belda, Catá, etcétera». ¡Dios santo! ¿Por qué antes tantos repulgos? Dejando a un lado aquel absurdo López Bago, ¿no es precisamente Zamacois el que inicia en España el tipo de novela que tanto irrita a don Vicente? Algunos de los que llama don Vicente «liberadores» o «liberados» no han ido mucho, muehísimo, más lejos que el propio Trigo, a quien él pone en la picota? A los novelistas que dicen cosas arbitrarias cuando a críticos se meten, se les lee con gusto porque ofrecen visiones de interés, ya que la realidad está teñida con la materia colorante de su temperamento, pero cuando quieren presentar cosas más objetivas tienen que respetar como cada quisque los hechos. En este punto no hay fuero exento.

En la tercera parte señala como «un defecto de la novela española moderna su exceso de lo que podemos llamar nacionalismo... Como regla general los viejos maestros de la novela española hicieron cuando más un corto viaje a París, y alguno de ellos ni eso, muriendo sin haber cruzado las fronteras de España. Por esta razón sus narraciones, a pesar de estar bellamente pensadas y escritas, con frecuencia cayeron en la monotonía...» Más tarde: «Aquí se halla la gran dificultad—esta es la piedra de toque del verdadero novelista: producir un libro que sea una fiel pintura del país en cuyo idioma esté escrito, y que al mismo tiempo al ser traducido interese a los lectores de otros países y de otras lenguas. Este milagro lo consiguen sólo los novelistas que, aunque sean ingleses, españoles o franceses de nacimiento, se hallan por encima de su nacionalidad—novelistas que podemos llamar humanos.» Paréceme sospechar quién pueda ser un novelista HUMANO.

«Los novelistas actuales de España son menos sedentarios que sus grandes predecesores», pero aún viajan poco. «Además de la España de Europa hay en el mundo diez y nueve naciones que hablan español.

Parece natural y lógico que los autores de ficción española viajasen por todas las Repúblicas de Hispano-América estudiando de cerca las costumbres y psicología de sus habitantes... En esta conexión séame permitido decir que yo fuí el primer novelista que realizó la idea de tomar un barco para conocer los pueblos de habla española en América y ser capaz para describirlos en mis novelas.»

Es verdad que los viajes—en decir de Cervantes—hacen a las gentes discretas; pero don Vicente indudablemente hiperboliza. Don Vicente parece un anuncio de esos *tours* a que son tan aficionados los norteamericanos. ¿Es que el señor Blasco va a echar por la borda toda su producción primigenia? Somos muchos los que tenemos el mal gusto, la miopía, de admirarle por ellas y por *mor* de ellas, por el recuerdo de aquellos estudios psicológicos en que ahondaba en almas groseras y primitivas, apegadas al terruño, no nos incomodamos mucho con esas monografías anímicas, de gentes del *dessus du panier*, atrayentes sólo para pobres chicas de la clase media, como son sus fantoches de *Los enemigos de la mujer*.

Y para terminar. No hace mucho, un fino espíritu que en los Estados Unidos ha sorprendido con justeza el arte de Baroja, Mr. Ernest Boyd, al hacer en *The Nation*, de Nueva York (27 diciembre 1922), la reseña de una traducción de *La Busca*, decía que «la boga de Blasco ha hecho mucho daño a la literatura española porque ha suministrado a editores y lectores un tipo de valores falsos, de medidas falsas, que el que carece de dotes críticas aplica a todo libro que llega de España». Acaso lo que expone Mr. Boyd sea muy verdadero. Pero indudablemente don Vicente Blasco Ibáñez puede hacer muchísimo más daño metiéndose a crítico de la literatura española contemporánea en revistas norteamericanas de gran circulación.

TARTUFITO.





VISIÓN DE LA NOCHE

*Surge la luna
y hay un jirón de nube,
que la muerde
dejándola incompleta
a la mirada
como un pandero roto...
Las estrellas,
son como las sonajas de lata
dispersadas...*

AMANE CER

*Están las nubes quietas
y el paisaje
tiene quietud
de madre resignada...;
los cercados de trigo
derritieron
sus espigas de oro
en la mañana,
a la mirada ardiente
del sol nuevo
que allá, en el horizonte
se encarama.*

FÉLIX DELGADO.



CRÓNICAS LITERARIAS

ALEMANIA.



LIBRERÍAS.—No voy a tratar de los escritores que cultivan el éxito. Pero antes de abandonar la librería donde entré para revisar rápidamente mis notas sobre literatura alemana, quisiera bosquejar la posición literaria de dos o tres escritores que no caben en las clasificaciones de escuelas y que merecen que se les otorgue crédito. Subrayo la diversa índole de sus talentos porque no pueden estar más distantes unos de otros.

El primero es Herman Hesse, que simboliza la persistencia de la tradición en una escuela nerviosa, viva, acaso malsana a fuerza de ser febril. Debe tenerse presente que el realismo no ha desaparecido, y que si al margen del Expresionismo viven expresionistas independientes como Sternheim, al margen del realismo caduco viven también realistas independientes, cuyos esfuerzos y obras exigen respeto.

Una receta artística nunca muere por completo, y menos aún si se trata de un modo de crear tan infinitamente tradicional, tan en la rutina de todos los pueblos y tiempos. El realismo ha sido destronado, pero no ha muerto. Es como el muro, contra el que va a rebotar la pelota disparada por los jugadores. Constituye una especie de fondo, una base de resistencia y de reacción, despreciada en ciertos momentos por su monotonía, olvidada también para atender a los complicados movimientos del juego. Pero cuando el juego languidece, de nuevo se ve el muro triste, raso, imperturbable y tiránico.

El realismo no muere. Nunca le faltan adeptos, y si ciertos días no le son propicios, algunos llegarán después que traigan un renacimiento de su influjo.

LA PLUMA

y de su gloria. Entre los realistas de hoy no falta quien merezca algo mejor que el público de rentistas y de profesores que le sigue.

Uno de ellos, y no de poca monta, es Herman Hesse. No puede negarse su positivo talento; si sus dotes le amarran a una forma de expresión ya gastada, no sería justo, sin embargo, pasarle en silencio. Su obra es considerable. Por desgracia, alcanza tan copiosas tiradas, que el autor se ha dejado arrastrar a una facilidad de emociones e incluso de medios literarios muy lamentables. Su temperamento clásico de alemán del Sur, con todo el sentimentalismo y la imprecisión romántica que esa cualidad lleva consigo, constituía ya para Herman Hesse un peligro, puesto que para contrarrestarlo no alimentaba una curiosidad como la de Heinrich Mann, ni sufría el tirón que da una ascendencia extranjera. Únicamente la escuela suiza, con Gottfried Keller a la cabeza, parece haber influido algo sobre él, y esa escuela no era muy a propósito para salvarle del doble peligro de su temperamento y de la popularidad. *Rosshalde* es ya una declinación hacia la novela de folletín, a pesar de ciertas páginas muy bellas y de ciertos capítulos muy honrosos. *Peter Camenziud* es más firme de planta y más original, pero es obra sin eco y de una infecundidad angustiosa. Hacia 1920 pudo verse hasta qué extremo llega la intoxicación de Herman Hesse, cuando publicó una colección de poemas en prosa y en verso, *Wanderung*, cuyo nivel general no rebasa el de una honrada medianía. Añadiré que Herman Hesse continúa escribiendo artículos críticos, no exentos de grandeza y clarividencia.

Poca cosa voy a decir de Waldemar Bonsels. Le menciono porque algunos pretenden presentarlo como un adalid de la literatura alemana joven. Nada más inexacto, y en cierto sentido, nada más pernicioso.

Waldemar Bonsels es, en efecto, un escritor distinguido; pero que no posee ningún carácter específicamente alemán, que no desempeña ningún papel en la dirección literaria de su país, y que no participa en ninguna de las grandes corrientes, contradictorias a veces, que constituirán la fisonomía del nuevo siglo. Su reputación es bastante extensa, y—como Henri de Regnier, desde que es académico, o como Edmond Jaloux—recluta su público entre aquella gente a quienes la literatura popular (en Francia, la literatura de los Bourget, Bazin y otros Henri Bordeaux) ya no les satisface y que encuentran fatigosa y descarriada la otra.

La obra de Waldemar Bonsels consiste en una decena de volúmenes. Los primeros, publicados entre 1905 y 1912, cayeron a plomo en el olvido. Una no-

vela, *Die Biene Maja und ihre Abenteuer*, le valió su primer triunfo; pero tuvo que esperar varios años hasta lograr la consagración con el *Indienfahrt*, libro pintoresco y muy hábil, donde la intriga novelesca adquiere gran relieve, merced a los detalles exóticos y a las descripciones que la acompañan y la envuelven. Después ha publicado una colección de novelas cortas, algunas muy buenas, *Menschenwege*, que ha ensanchado el círculo de sus lectores, y *Eros und die Evangelien*, que responde perfectamente a los deseos y gustos de aquéllos.

Más importante es conocer la obra de Martin Buber, que ha escrito varios volúmenes de novelas cortas, *Rabbi Nachman*, *Baalschem* y *Der heilige Weg*, y —cosa de mayor monta, en mi sentir— algunos volúmenes de ensayos y de historia. Pongo aparte *Der grosse Maggid*, que pertenece a los dos géneros, porque los quince capítulos de anécdotas y narraciones que contiene, van precedidos de un largo prefacio teórico.

Martin Buber no es un gran escritor alemán, y no cometo ninguna confusión de valores, pero constituye un «caso» muy interesante; para definirlo por comparación diría que Martín Buber es el Zangwill alemán. Como todas las comparaciones ésta es cómoda, pero injusta e imprecisa, porque las preocupaciones de Buber se apartan claramente de la de Zangwill. He querido sencillamente indicar el puesto que uno y otro ocupan en la literatura de su país y la dirección de su actividad.

Martín Buber es uno de los más grandes escritores judaístas de la Europa occidental. Zangwill también lo es. Pero éste observa sobre todo la vida cotidiana de un correligionario, y, en modo realista, nota, por ejemplo, las escenas del *ghetto*, al paso que Buber, más místico, o si se quiere, más atento a las tradiciones de su Iglesia y de su pueblo, se aplica a recoger, a evocar y a fijar las leyendas que en la una y en el otro abundan. Su papel se asemeja al del folclorista, al del erudito, al del historiador de religiones, y también al del poeta, por su propósito de rehacer un ambiente y por el talento con que restituye a las figuras más episódicas, un relieve acentuado. Pero en todo lo que escribe hay una base científica, y de uno en otro libro, su obra descubre las mismas esperanzas y las mismas ternuras místicas.

Buber está muy lejos y, bajando el tono, añadiría que muy por encima de Zangwill. Posee aquel sentido de eternidad que confiere a los libros fundamentales de cualquier religión un prestigio poético; por su amor a la doctrina y por la contemplación de los hombres que a ella se sacrificaron, transmite una

LA PLUMA

ilusión de calma y de seguridad a todos los que viven en el hervor de la desorganización contemporánea.

Aun podría citar otros nombres; pero quiero poner fin a esta enumeración, ya muy larga y caótica. En la librería están los ensayos de Stefan Zweig—su afectuoso ensayo *Romain Rolland*, sus excelentes *Drei Meister*, sus *Erinnerungen an Emile Verhaeren*—; los libros de Arnim Wegner, cuyo *Der Weg ohne Heimkehr* es casi una obra maestra de la literatura de guerra; las novelas de Rudolf Leonhard y las de Paul Zech; los poemas de Alfred Wolfenstein. Pero ya llevo demasiado tiempo encerrado en este mundillo de la biblioteca. Tengo prisa por volver a la calle apasionada y febril que a pocos pasos me aguarda.

PAUL COLIN.

FRANCIA



ONSIEUR Alexandre Arnoux tiene mucho talento. Los amantes de las letras lo sabían desde que publicó *Abisag ou l'Eglise transportée*. Todo el mundo está convencido de ello desde *Le Cabaret*, uno de los buenos libros nacidos de la guerra. *Indice 33* y la *Nuit de Saint Barnabé* han venido a confirmar, no las promesas, sino los primeros triunfos de M. Alexandre Arnoux. *Ecoute s'il pleut* viene a corroborarlos.

¿Qué podrá decirse de un libro como éste, de tanta espontaneidad y frescura en los sentimientos, tan matizado en las sensaciones? ¿Cómo describir un libro inanalizable?... Es propio del talento de M. Alexandre Arnoux desconcertar a sus admiradores. Cree uno apoderarse de él y se escurre de las manos. Su imaginación es extraordinaria: va al galope por todos los caminos, se mete por todas las revueltas, se abandona a todas las fantasías. ¡Hermosa imaginación, mucho más admirable cuando la hallamos en un mundo como el nuestro, tan burgués y tan perfectamente ordenado!

M. Alexandre Arnoux se burla de todas las trabas de los asuntos catalogados, de los planes bien hechos, de los temas cuadrículados: se preocupa únicamente de su fantasía. Quien se le entrega se ve transportado a un país de ensueño, siempre bello, quimérico, a un mundo de cosas imposibles y de paisajes inverosímiles. Posee el don, no sólo de crear todos esos seres, sino de animar-

los, de exaltarlos... Léase a Alexandre Arnoux y se verá hasta dónde puede llegar una imaginación desbordada.

* * *

Colin ou les Voluptés tropicales, de M. Paul Reboux, es una obra deliciosa, figuración del pasado, en que se pintan las costumbres antiguas en un lenguaje muy sabroso. La isla de Santo Domingo en 1767 sirve de fondo a la acción. Plantadores con peluca empolvada, damas en gran tocado, rodeadas de cocoteros y de esclavos; una atmósfera tropical con la magia de un país opulento, bajo un cielo bellísimo. Asistimos a una fiesta en casa de un rico plantador, a los amores de un ingenuo y de una condesa sensible, a los suplicios infligidos a los negros, a una representación en el teatro de Puerto Príncipe, a una insurrección de esclavos que se adornan con los vestidos de sus antiguos amos, a un duelo, a una fuga amorosa; en fin, a una serie de episodios, unas veces cómicos, otras apasionantes, que constituyen el encanto de este libro.

* * *

Niky, de M. Jean Vignaud, figura entre los buenos libros publicados en estos últimos tiempos. Es un cuadro muy curioso de la emigración rusa, tal como podemos verla en París en algunos de sus representantes. En torno de una pareja de muy elevada alcurnia, que huye del terror bolchevista, descubrimos un mundillo bohemio: traficantes de todo orden, grandes señores arruinados, místicos de uno y otro sexo, cocainómanos, las heces que lleva consigo una emigración, con el hechizo y la incurable melancolía esclavos. Libro de fuerte color, tratado como una pintura al fresco, con personajes bien delineados, cuyo perfil se graba en la imaginación.

* * *

Le Martyre de l'Obèse, de M. Henri Beraud, ha obtenido el premio Goncourt. Por esta razón conviene hablar aquí de ese libro, construido sobre una idea muy divertida y que agrada durante las primeras cincuenta páginas por el giro chispeante del pensamiento, que a veces recuerda el de Voltaire. Pero, si he de decirlo todo, la obra es demasiado larga y no tarda en producir una sensa-

LA PLUMA

ción de monotonía. M. Henri Beraud es un periodista avisado y un buen cronista; a mi parecer, no es novelista.

* * *

Señalaré la aparición del primer volumen de la edición definitiva de *Balades françaises*, de M. Paul Fort. Se titula *La Ronde autour du monde*, y nos conduce, a través de montañas, bosques y llanuras, hasta la arcaica *ciité* de París, a ese «París sentimental» donde Paul Fort ha cosechado las imágenes más bellas y los más deliciosos sentimientos.

Este poeta—el más grande, sin duda, de los que poseemos—está en camino de dar cima a una de las obras líricas más bellas que se han publicado en francés. Seguramente su nombre se ha de engrandecer todavía con el tiempo. Su inspiración es tan francesa, la forma de prosa asonantada que ha escogido es tan original que eclipsa a todos sus émulos de hoy día y más los eclipsará en lo futuro. En un hermoso prefacio, Pierre Louys dice lo que piensa de Paul Fort, y la estimación que le profesa. Es un noble poeta que habla de un igual.

* * *

Sorprendente libro es el que acaba de publicar M. Maurice Levailant con el título *Splendeurs et misères de M. de Chateaubriand*. En doscientas cincuenta páginas nos muestra la parte material de la existencia de aquel hombre superior.

El autor de los *Martyrs* sale de esta prueba ni engrandecido ni disminuído pero comprendemos mejor lo que fué aquella vida extraordinaria, que osciló siempre de la riqueza a la ingrata pobreza.

En realidad, el héroe del libro de M. Levailant no es Chateaubriand, es... M. Le Moine, el hombre de negocios a quien cupo el cuidado de regir la fortuna del gran escritor. Ese «ministro de Hacienda», constituído en administrador abnegado y admirable de una impecuniosidad que, gracias a él, no acabó en catástrofe, es un héroe a su modo.

Desde 1814 a 1829, fecha de su muerte, M. Le Moine sirvió fielmente a Chateaubriand. Son los años de gloria del escritor, pero también sus años de apuro, apuro discreto al comienzo, y que se hizo poco a poco insoportable. Sin la abnegación de su «ministro de Hacienda» Chateaubriand hubiera sucumbido, sin duda.

Aquel hombre providencial acabó por ser admitido en el hogar del autor de los *Natcher* en un pie de igualdad. Al parecer se necesitó algún tiempo para domesticarle: M. Le Moine era altivo y un poco ceremonioso; temía importunar a madame de Chateaubriand, quien necesitaba invitarle reiteradamente.

No faltaban disputas entre el matrimonio Chateaubriand y M. Le Moine. El «ministro de Hacienda» hablaba el lenguaje de la razón, el más difícil de enseñar a gentes tan apasionadas como los Chateaubriand. Sin embargo, las tormentas eran pasajeras. Como tenían mucha necesidad de él, no podían alejarle para siempre, y hasta lo último fué el confidente leal de unos apuros que pugnaban por disimularse lo mejor que podían.

El libro de M. Maurice Levailant es animado y curioso como pocos. Está nutrido de cartas inéditas, y realmente ilumina la figura del gran escritor con luz nueva.

* * *

En estos últimos meses el teatro no ha producido verdaderamente en Francia más que una obra muy buena: la de M. François de Curel, titulada *Terre inhumaine*, estrenada en el Théâtre des Arts.

La guerra de 1914 ha dado tema a tantas obras mediocres, que bien podía, una vez al menos, servir de pretexto a una producción de mérito. La obra de M. François de Curel no supera quizá en elevación de pensamiento al *Coup d'aile* ni a la *Nouvelle Idole*, pero iguala a las obras magistrales de nuestro gran autor dramático.

Lo que parece haber impresionado al autor del *Repas du lion* en la última guerra, como en todas, es su carácter inhumano, la transgresión de las leyes más primitivas de nuestra especie. Los sentimientos más elementales, las ideas de moral más tenues, los instintos más espontáneos, quedan violados, abandonados, martirizados. En ese infierno todo es contrario a la humanidad, a la naturaleza. El héroe de M. De Curel mata a su amante, o, por lo menos, está pronto a matarla, y la madre del héroe se dispone a ayudarle en esa obra simplemente porque la amante es extranjera, de otra nación, de aquella con quien están batiéndose. Ni un punto de vacilación en los corazones del hijo y de la madre, tan burgueses por inclinación, tan respetuosos de la moral, del honor y de las convenciones sociales.

Tampoco vacila un momento el corazón de la mujer a quien su amante va

LA PLUMA

a dar de puñaladas. La mujer sabe que es una *enemiga* y se somete dócilmente a su destino. Acepta de antemano que su amante quiera matarla, es decir, que de antemano acepta la lucha con él. ¿Quiere asesinarla? Bien. Se defenderá y nada más. Y con los mismos brazos, con las mismas manos que un momento antes le estrechaban y acariciaban intentará estrangularlo.

Al fin, la que mata es la madre con el consentimiento tácito de su hijo, el cual no ignora que así entrega a su madre al enemigo y la condena a morir fusilada, sentimientos que dejan de ser monstruosos, puesto que nacen en esa tierra inhumana donde, por esencia, todo está desorbitado, fuera de la ley, fuera de lo natural, nada se mide por los antiguos valores.

Pocas veces ha llegado M. François de Curel a tanta pujanza con un estilo tan concentrado. Pocas veces ha concebido personajes de tan singular belleza. Los que han asistido a las representaciones de *Terre inhumaine* conservan una impresión imborrable. El talento del autor del *Coup d'aile* está en el apogeo.

El teatro del Vieux Colombier no se prodiga este año. Esta empresa artística tan interesante parece vivir desde hace meses de su pasado, muy notable, sin duda, pero que no la exime de nuevos esfuerzos en lo futuro. No nos ha dado más que una obra de M. Charles Vildrac, *Michel Auclair*, que dista mucho del *Paquebot Tenacity*, del mismo autor, y que es incluso, hablando francamente, una mala comedia. Personajes de un realismo y de una vulgaridad asombrosas, carencia de acción, discursos interminables, una especie de sermón sin convicciones. La *Princesse Turandot*, adaptada del italiano Gozzi, ha parecido un espectáculo más animado y pintoresco, pero el traductor no ha logrado disminuir la pesadez de la obra ni dar interés a una comedia hartamente anticuada.

La Comédie des Champs Elysées nos ha ofrecido una cosa original: *Mademoiselle Bourrat*, de M. Claude Anet, es también una obra realista, pero de un realismo pintoresco, adaptado a las tablas por Pitoeff de una manera en extremo curiosa y nueva. Son escenas de la vida de provincias, transportadas y estilizadas por un artista, e incorporadas en escena por otro artista que ha puesto a la disposición del autor los recursos ingeniosos de su talento. *Mademoiselle Bourrat* ha obtenido un suceso grande y merecido.

En fin, en el Vaudeville se ha estrenado una obra interesante de M. Alfred Savoir, *La couturière de Luneville*, de asunto muy divertido: un personaje doble de mujer bien tratado por un autor hábil.

Mencionemos la última obra de M. Sacha Guitry, *Un sujet de roman*. Ha sido

un gran fracaso. El asunto—un gran literato torturado por su mujer, demasiado burguesa—era, en efecto, más propio de una novela que de una comedia. El autor lo ha tratado en forma demasiado esquemática. La vida estaba ausente de esa obra, prodigiosamente representada por M. Lucien Guitry.

JULES BERTAUT.

MÉXICO (1)

DE la generación de «Revista Azul», y después del grupo de «Revista Moderna», donde floreció aquel genial dibujante Julio Ruelas, son Balbino Dávalos, poeta exquisito, de enorme cultura y parco en la producción; tengo entendido que después de la aparición de «Las ofrendas», libro que mereció un *serio* estudio de Rubén Darío, y digo *serio* porque sabido es que el nicaragüense fué un gran derrochador de alabanzas, no ha publicado otra cosa, sin referirme a sus «Ensayos de Crítica Literaria», ni a sus interesantísimas traducciones del francés, del inglés, del italiano, del alemán, del latín y del griego.

Efrén Rebolledo, parnasiano, artífice del soneto, obrero de la palabra; sus últimos bellos versos, estuchados en el «Libro de Loco Amor», son de un benedictino enamorado de la cadencia.

Aunque en la prosa también es un paciente, un obstinado trabajador, sus intentos de novela corta, «El desencanto de Dnlcinea», «Salamandra» y «Saga de Sigrida la Blonda», que acaba de publicar en la brumosa Cristianía, no corresponden a la prosapia de sus rimas.

Tiene una tragedia: «Aguila que cae», y es uno de los primeros que tradujeron al español a Oscar Wilde.

Uno de los fundadores del «Ateneo de la Juventud», pero de los que colaboraron en «Revista Moderna», es Rafael López, suntuoso cincelador, dueño del matiz, de la melodía, y garboso en el decir, de clarividencia íntegra; su libro «Con los ojos abiertos», que tiene algo de Lugones y algo de Darío, indicó una senda serpenteada de sonoridad que han buscado devotamente algunos de

(1) Véase LA PLUMA del mes de diciembre de 1922.

LA PLUMA

los nuevos, entre ellos Francisco González Guerrero, uno de los más sugestivos poetas jóvenes, por su inteligencia y su emoción.

Chroniqueur de esmerilada elegancia es también Rafael López y en sus prosas espejeantes fluye y cabrillea deliciosa ironía, pulimentando sus períodos con gotas de gracia.

Descendiente de Heine y de Bécquer, por lo delicado y lo sentimental, se nos presenta Rafael Cabrera en «Presagios», libro publicado en 1912; desde entonces se ha dedicado a las traducciones, las que hace escrupulosamente, aprisionando en su sentir el espíritu de los autores; su «Antología del Amor asiático» fué un *suceso* literario, y ha vertido también, en colaboración de Rebolledo, «La Muerte», de Maeterlinck.

Me admira cómo Alfonso Cravioto y Eduardo Colín, dos temperamentos tan hábiles para interpretar sus visiones, tan estilizados, tan bruñidos, tan dúctiles a la belleza, sean al mismo tiempo tan avaros, y sólo un libro hayan lanzado cada uno de ellos: «El alma nueva de las cosas viejas» y «La vida intacta.»

Eduardo Colín, en estas últimas fechas, ha aplicado su extraordinaria sensibilidad y su cultura cosmopolita a elaborar libros de alta crítica, como son: «Siete cabezas», donde comenta, pesa y clasifica en siete estudios desenfadados, ágiles y largamente meditados, la producción de poetas y literatos franceses, belgas y españoles; y «Verbo selecto» en que se ocupa de intelectuales latino-americanos.

Los poemas de Alfonso Reyes se encuentran relegados en revistas, tanto españolas como americanas, así como en algunas antologías; ahora aparecerá su primer libro, «Huellas», coleccionando la mayor parte de sus trabajos de juventud; recientemente, en «Índice», de Madrid, ha publicado páginas de su libro en prensa.

Ligeramente he querido engarzar la figura de Alfonso Reyes como poeta, porque él guarda fueros superiores respaldados por la intelectualidad más severa de Francia, España y del continente latino, debido a la brillantez de su cultura, a su incomparable maestría ideológica y a su estética novedosa y oblicua.

Luis Rosado Vega es una cuenta desensartada de un collar preciado; su «Libro de Ensueño y de Dolor» es una caja de música que tiene la dulzura y la tenue sencillez de lejanas canciones; su verso suave, fervoroso, elegante y lleno de pureza emotiva, pregona la aristocracia suprema del poeta.

Romántico, de lírica en sordina, recónditamente sensual, es José de J. Ná-

ñez y Domínguez—aunque en un principio sus rimas llevaron el eco titilante de Luis G. Urbina—; tiene constantemente los sentidos abiertos al rumor y a las pulsaciones de la vida; ha publicado «Holocaustos», «La hora del Ticiano» y «Música suave».

No creo que Núñez y Domínguez sea el último romántico; sí tengo la seguridad de que engargola jirones de su corazón en cada verso, como lo hace Samuel Ruiz Cabañas en su mínimo y cautivante «Cancionero de Pierrot», donde las palabras se insinúan y dan la sensación de musical secreto.

A esta misma época pertenecen Jesús Villalpando y Luis Castillo Ledón; éste con Alfonso Cravioto fué uno de los directores de «Savia Moderna», revista precursora del «Ateneo», del glorioso Ateneo de 1910—comenta Agustín Loera y Chávez—que, con todos sus sectarismos y malevolencias domésticas, produjo el grupo contemporáneo más serio de artistas y escritores.

Uno de los mejores triunfos de Luis Castillo Ledón fué la publicación de «Los Caballos» y «Elogio de los senos»; más tarde, en 1916, apareció en Madrid su libro «Lo que miro y lo que siento», que es un gallardo poemario recatado y sentimental, que ostenta como rico florón esa linda página que se llama «La familia Joyeuse».

A la manera invertibrada de Ramón López Velarde—de traviesa musa pueblerina, de voz gorjeante, de trenzas flojas y vestida de nítido percal—es Enrique Fernández Ledesma.

En su libro «Con la sed en los labios», de estética quebradiza y arrogante pasan bailando y cantando coronadas de rosas las muchachas provincianas, los ojos asesinos de Esperanza brillan como carbunclos y el descaro gentil y bullicioso de Natalia diluye en el ambiente fresco, grato aroma de mujer.

Cierto es que este poeta tiene algunos titubeos; pero ¿qué importa esto ante el frenesí de las nuevas teorías? La depuración llega siempre serenamente.

La poesía de Carlos Barrera está cuajada de vitalidad, de rebeldías y de raras inquietudes; su libro «Cara al mar. Odas campestres y otros poemas», esconde como un caracol el ruido sinfónico de las olas, y, a veces, la temblorosa diafanía del éter.

¿Y la mujer?

La única, a mi juicio, que después de Sor Juana ha escrito verdaderos poemas, es María Enriqueta; su dominio intacto en el *métier*, la exteriorización límpida de sus pensares, sin *cursilerías* , pero sí muy femeninamente, y su sentido artístico, sigiloso y sobrio, hacen de ella una poetisa absoluta.

LA PLUMA

No dudo que entre los poetas de la nueva hora hay espíritus tan sensibles, tan sutiles, tan familiarizados con la *manera* y con la melodía, como cualquiera de los valores consagrados; almas selectas que han descubierto el secreto de lo inefable y que obedientes han seguido el mandamiento de González Martínez:

«Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje.»

Pero hay que confesar que algunos poetas—y este es un defecto continental—, sin llegar a los dieciocho años, ya cantan «su desencanto», «su corazón deshecho», «su tristeza hermana de la tarde» o «su dolor crepuscular»; por fortuna estos *lloriqueos* van desapareciendo, y ya se van curando de esa contagiosa enfermedad que se llama «literatura», y muchos de los nuevos, labran estrofas varoniles a la vida y al petróleo y son perennes adoradores de las palpitaciones avanzadas.

Conocedor de varias literaturas, José D. Frías es uno de los llamados para producir frutos espléndidos; tiene en preparación un libro, «La Emoción Cautiva»; lástima que las agobiantes labores del *diarismo* le roben preciosos instantes que debía consagrar a la poesía.

Hace dos años, poco más o menos, algunos jóvenes que entonces eran alumnos en la Universidad, quisieron hacer un remedo del Ateneo de 1910, y se reunieron José Gorostiza Alcalá, Carlos Pellicer, Martín Gómez Palacio, Enrique González Rojo, Bernardo Ortiz de Montellano y Jaime Torres Bodet, casi todos parvos acólitos de la poesía de Enrique González Martínez.

Muertos sus amables impulsos, se disgregaron, y algunos de ellos han impuesto su nombre en la moderna poesía, lo mismo que han hecho desde la provincia Francisco González León, con su libro «Campanas de la tarde», y desde Madrid, Humberto Esquivel Medina con «Fuente de Gracia».

Quisiera hablar con más amplitud de esta legión de rapsodas de sangre nueva; pero a este barrio encantador, bohemio y galante de París, de estudiantes y *midinettes*, apenas llega el rumor de sus triunfos y el eco de sus canciones.

GUILLERMO JIMÉNEZ.

BIBLIOGRAFÍA:

Genaro Estrada: Poetas Nuevos de México, México, 1916.—J. de J. Núñez y Domínguez: Los poetas jóvenes de México Bouret, 1918.—Lírica Mexicana, edición de la Leg. de México, Madrid, 1919.—Antología de Poetas Nuevos de México, Cultura. México, 1920.—La Joven Literatura Mexicana, Agustín Loera y Chávez, México Moderno, 1920-1921.



EL PÁJARO AZUL Y OTRAS AVES DE PASO.—Ayuna de sentido artístico la temporada invernal de los teatros madrileños. nada tendríamos que agradecer a los empresarios, si las pocas pero valiosas representaciones de las compañías extranjeras que nos han visitado no remediaron en parte el fastidio de tan lamentables espectáculos como de ordinario padecemos. Después de Ruth Draper, Zacconi, los Sakharof y los rusos del *Pájaro Azul*, han sido, de Enero a la fecha, aves de paso, un punto anidadas en nuestro páramo para volar luego en busca de climas espirituales más propicios.

Han servido las representaciones de Ermete Zacconi, en pleno dominio aun de sus grandes facultades de actor, para darnos, sobre todo, la medida del genio italiano de Shakespeare. El *Otello*, el *Re Lear*, *La Bisbética* de Zacconi realzan, hasta la exageración, sin duda, el sistema dramático de la composición shakespeariana, en torno a un carácter central heroico, a un protagonista emergente del vasto coro de luces y sombras que le asaltan por doquier.

Marca el arte de Zacconi uno de esos puntos culminantes en que la perfección excluye por extemporáneo el debate secular, agudizado en nuestro tiempo, acerca de la relación artística entre la obra dramática y sus intérpretes en las tablas: ¿la obra para el cómico o el cómico para la obra? Shakespeare, hombre *del oficio*. y Zacconi, actor-creador, se entienden a maravilla... con el público. No le cabe al exégeta, sino comprobar la ecuación. He ahí el teatro.

Menos espontáneo, más *culto*, en todos los sentidos de la palabra, el espectáculo de los Sakharof, bailarines de nombre ruso y estética muniquesa, apenas si ha podido ser gustado por las pocas personas que en Madrid sentimos la curiosidad y el gusto de la novedad y la belleza. Excelentísimos músicos, los Sakharof no se limitan a bailar caprichosamente *piezas* más o menos clásicas. Todo lo contrario. Es decir, que quizá les falta esa virtud alada del bailarín nato, característica de los rusos de Diaghilef y de las grandes bailadoras españolas como la Argentina o la Pastora que fué. Los Sakharof interpretan cabalmente la música, traducen con agudísima fidelidad, no ya el ritmo, la melodía y hasta el concepto armónico del *concierto* en que son instrumento plástico. Para espectadores de fina sensibilidad, capaces de resumir en un solo goce los que la vista y el oído disocian, los Sakharof podían bailar sin acompañamiento de orquesta. Lástima grande que la interesantísima pareja no haya te-

LA PLUMA

nido ocasión de dar para los buenos aficionados algún recital *de cámara* en escena más reducida, y sobre todo para público menos disperso que el de la Comedia, donde actuaron casi sin anuncio ni reclamo.

No suelen tener en cuenta los empresarios madrileños las condiciones de los teatros donde fracasan espectáculos aplaudidos y de rendimiento en el extranjero. Ciertamente que los gustos del público no se improvisan; por eso mismo se ha de tener especial cuidado en no desvirtuar la significación y el escenario adecuados en cada caso.

El Pájaro Azul era un cabaret de Moscú, emigrado a Berlín, donde en un local apropiado por su misma excentricidad, y sin la solemnidad y el empaque de los grandes teatros, ha venido obteniendo el éxito halagüeño que entre nosotros le ha faltado en el coliseo cuna del *Niño de Oro* de don Tirso Escudero.

Mezcla de opereta y music-hall, sin el pretexto enfadoso de los *argumentos* latos, ni la monotonía exasperante del turno impar de bailarina y cupletista, los artistas del *Pájaro Azul*, presididos por un ingenioso prologuista, ilustrador del público respecto a la intención de las representaciones, cantan, bailan, hacen cuadros vivos, yuxtaponen con fantasía, acertadísima casi siempre, elementos desconocidos desde un nuevo punto de vista escénico, eternos en el teatro, cuyas virtudes primigenias, espontaneidad, buen humor, alegría, ligereza, pretenden restaurar con un sentido intelectual muy acusado en punto a decoración, trajes, escuela—esencialmente *escénica*—de canto y baile, pero que en modo alguno excluye la claridad, la *visualidad* del espectáculo.

El público dado al engaño del oropel de las malas revistas, se ha mostrado insensible al arte de estos rusos, cuyos recursos dramáticos rehuyen de intento todo gasto inútil. Prueba de paletismo inconfundible, los números de menos éxito han sido todos aquellos en que la realidad aparecía deformada humorísticamente. Las escenas dramáticas, en cambio, lograban desde luego el consenso unánime.

UN DRAMATURGO NUEVO.—Desafiando la rutinaria incompreensión y desgana de los cómicos que, temiendo quizá la enemiga del periodista influyente, se han avenido al cabo a representar la obra de un *intelectual*, Luis Araquistain ha estrenado en el Español su primer drama.

Ha coincidido con el estreno su publicación en un volumen de la «Editorial Mundo Latino». Del prólogo en que el autor justifica su intento, nos importa señalar el propósito fundamental que denotan estas palabras: «Cuando una

obra dramática es una elaboración orgánica, formada acaso en un lento proceso psicológico, en una serie de mutuas reacciones entre la conciencia del autor y el mundo circundante, la obra participa entonces a la vez de documento biográfico e histórico, en cuanto que refleja un punto del alma que la ha dado el ser y un instante de la sociedad que la ha dado la pauta ética, ya para ensalzarla, ya para combatirla. Obra de arte donde no hay nada personal del autor ni nada de la sociedad en torno, es obra muerta antes de nacer.»

Remedios heroicos es un drama de género perfectamente definido: *teatro de ideas*. Pese a la concesión que hace Araquistain a la última moda literaria, resignándose a reconocer en el prólogo susodicho la inactualidad de los modos ibsenianos, creemos que nunca como ahora ha sido tan manifiesta la influencia del gran noruego en el resto de Europa. Ahora y no antes es cuando han sido asequibles al *gran público*, al público, las obras de Bernard Shaw y De Curel. Hasta el éxito reciente de Pirandello no había sido fecunda la unión del pino del Norte con la palmera del Mediodía. La verdad matemática de Ibsen, se demuestra, a través del sofisma espiritualísimo de Bernard Shaw, por la reducción al absurdo del dramaturgo italiano. El *teatro de ideas* puede estar anticuado porque así se ha llamado al teatro de hace unos cuantos años, es decir, a la expresión teatral, a la disposición escénica, a los cánones consagrados en unas cuantas obras maestras, cuyas formas corresponden hartamente a las faldas de campana y a las mangas de jamón. La facilidad con que Araquistain ha abordado el *género*, por no suscitar en el público una curiosidad que distrajera su atención de la *idea* del drama, es lo que para nosotros le perjudica.

Hecho este reparo, saludemos en el autor de *Remedios heroicos* a un dramaturgo nuevo. ¿Al dramaturgo nuevo? Las cualidades que hacen del drama de Araquistain la única obra que puede interesarnos de cuantas los empresarios nos han ofrecido en la mala temporada última, son las propias de toda buena producción dramática: caracteres, conflicto fatal, patetismo comunicativo, desenlace purgatorio. Es tan raro, sin embargo, que los sedicentes autores de comedias se propongan noblemente esa comunión con el público, ese acuerdo de voluntades que constituye el propósito batallón de Araquistain, es tan inusitado el que haya un hombre vocado al teatro que afronte sin eufemismos las responsabilidades de su creación, obligándose a justificar la vida de sus criaturas de ficción con ponerlas frente a frente, y no rehuyendo la lógica trágica de su destino, que el solo hecho de que *Remedios heroicos* sea un buen drama nos autoriza a cifrar desde luego en su autor las esperanzas sin empleo con que un

LA PLUMA

día tras otro vamos engañando el tiempo perdido en las salas de espectáculos.

La señora Xirgu ha representado la protagonista de *Remedios heroicos* mucho mejor que *Cristalina* y que *Marianela*.

PÍO BAROJA EN ESCENA.—Casi en secreto, economizando la publicidad que todas las empresas acostumbran prodigar otras veces inútilmente, se ha representado en el teatro Cervantes de Madrid *Adiós a la bohemia*, boceto dramático escrito por Pío Baroja años ha, y publicado entonces en *El tablado de Arlequín*, con otros primeros ensayos.

Se prestaba el cuadro, a falta de grandes papeles que, por lo demás, son incapaces de representar nuestros cómicos, a un lucido conjunto escénico. Ni la decoración, ni la disposición de las figuras, ni la recitación de los actores —con la sola excepción de Juan Espantaleón, justo, expresivo, irónico y tierno en su papel, mímico casi por entero, de «Un señor que lee el Herald»— acertaron a dar la impresión de ambiente trasnochado que la obra requiere. Un director artístico que mereciera tal nombre hubiese encargado la *mise en scene* a Ricardo Baroja; y la representación de *Adiós a la bohemia* podría haber significado algo más que la graciosa concesión de la empresa de Cervantes a los deseos de «los literatos que no saben de teatro».

El público, sin embargo, se dió perfecta cuenta de todo, y al terminar manifestó a Pío Baroja su adhesión entusiasta con aclamaciones y vítores, a que se unieron, aplaudiendo desde la escena, la señorita Pérez de Vargas y sus compañeros, quizá avergonzados en su fuero interno de haber desaprovechado tan buena ocasión de aprenderse sus papeles.

Pío Baroja, cuyas declaraciones anteriores al estreno en *El Sol* y *La Voz* revelaban ya exacto cuanto despreocupado conocimiento de la situación en que abordaba la escena, pisó las tablas con una gracia sin ejemplo. Su actitud, entre encogida y escrutadora, su naturalidad forzada hasta la caricatura, su sonrisa de agradecimiento e inhibición, fueron un espectáculo único del hombre de «la caverna del humorismo». Los Barojas son, sin duda, hombres de teatro. Puede que los cómicos y los empresarios acaben por enterarse algún día.

UN TEATRO POPULAR.—Existe un teatro en Madrid, desconocido para el público de Lara, desde cuya escena, a poco que ayudara la buena voluntad de los cómicos, sería posible intentar de lleno la reforma del teatro español. El teatro de la Latina ha sido el único en que la Empresa no ha perdido dinero este año. El público asiduo que lo llena toda la semana merece en verdad mejor trato del que los cómicos le dispensan.

Hemos tenido ocasión de oír hablar al primer actor de ese teatro con un desprecio tan injusto de su público habitual—desprecio que extendía luego en general a todos los públicos—que, de no estar acostumbrados a la incivildad de nuestros comediantes, nos hubiera dejado perplejos. ¿Cómo sin contar con la colaboración del público—colaboración no significa forzoso servilismo para nadie—se puede hacer teatro?

Es lo cierto que el público de la Latina es muy superior a los cómicos que aplaude. Su buena fe, su excelente instinto, le hacen discernir con hartos mejor sentido que el director artístico, que ha osado ofrecerle una tras otra, por toda novedad dramática, *La Víctima*, *La cabra*, *El drama de un loco*, *Lo que no se compra*, pobrísimos engendros sin posible vitalidad escénica.

El éxito feliz de los dramas románticos del repertorio, de *Responsables* incluso, a través de cuya ridiculez sentía latir el *buen pueblo* su propia protesta contra la podredumbre social causa de la derrota, revelan sin duda una conciencia artística de que carecen, del primero al último, todos los cómicos españoles.

UN CRÍTICO INCIPIENTE.





LIBROS Y REVISTAS

José María Salaverría.—*El Rey Nicéforo.*—Lib. y Ed. Rivadeneyra. Madrid.

Advierte el novelista en breves palabras liminares que entre la época en que escribió su obra y la de su reciente publicación median quince años. «Desde entonces—dice—han ocurrido muchas cosas en el mundo... El mismo autor de esta novela ¡qué hondos cambios ideológicos y sentimentales ha tenido que sufrir!... La liberto, pues, de su poco piadosa ocultación entre los montones de viejos papeles y la entrego al público con el título de *El Rey Nicéforo* que quiere decir el rey extraño que pretendió socializar a la manera quijotesca».

Estamos ante una alegoría política de clarísimo sentido e indudable oportunidad. El rey Nicéforo el Bueno, llevado de la curiosidad a mezclarse, disimulando su condición, entre las gentes del pueblo más ajenas a su corte, se convierte luego en Nicéforo el Tirano, y muere al cabo derrotado en la revolución fraguada contra su benéfica dictadura, en aras de un ideal de Justicia... *fascista.*

Decidámonos a decir la palabra. No obstante la reciente constitución del *fascio* italiano y su recentísimo triunfo, la intención que se deduce de la novela del señor Salaverría no difiere esencialmente del quijotismo (?) de Mussolini. Aparte la gracia indudable con que está llevada la fábula, su mayor interés radica en el cambio operado en el espíritu del autor, según la confesión suso transcrita, y que se nos revela, transfundido en la ficción novelesca, por la conversión del Rey. Doble interés, porque implica la adhesión del señor Salaverría a cierto estado de ánimo social que ve en la violencia *ilustrada* el único remedio a los males que la nación sufre.

Como tal novela, *El Rey Nicéforo* se lee sin empacho. E incluso hay páginas en que la emoción directa del relato vence la preocupación ejemplar que el novelista se propuso.

* * *

Luisa Luisi.—*Inquietud.*—Poesías.—Montevideo, Cooperativa Editorial «Pegaso».

Al cabo, de entre las voces, más estentóreas, o más agudas, de la lírica americana que lograban vencer la distancia transatlántica, nos llegan rezagadas otras más puras, que incluso parece como si despertasen en nuestro ánimo el eco remoto de una música que las olas nos devuelven. De entre esas voces, la de Luisa Luisi nos penetra más hondo quizá que ninguna:

Ah! la inquietud constante de mi alma
En perpetuo buscarse en ella misma!

.....
La búsqueda angustiada
Del propio ser que en nuestro ser se esconde
Por debajo la herencia, el hábito, el prejuicio.

El *leit-motif* constante de las poesías de Luisa Luisi es la *Inquietud* por hallar el propio *yo*, la pureza del sentimiento individual trabajado por la subconsciencia grávida de fatalidades ineludibles, con que el tiempo ha ido señalando ¿desde cuándo? la oscura generación del poeta, que ahora se tortura.

Habría que remontarse a los manantiales más altos del misticismo español para encontrar acaso el rico venero de esta *Inquietud* de la poetisa uruguaya. Cuyo acento no participa empero de la preocupación cristiana de una Santa Teresa, más sí del ardor combativo, que ilumina los deliquios de la doctora de Avila, en lucha espiritual consigo misma.

No basta, sin embargo, establecer caprichosamente esta relación remota. La *Inquietud* de Luisa Luisi es moderna y su expresión más próxima al lirismo romántico del siglo pasado que a la rigidez de la poesía española del dieciséis, o a la engañosa libertad de ahora:

La noche inmensa y palpitante, oprime
Su ardiente corazón contra nosotros...
Es tan hondo el latir de las estrellas
Que nuestro amor se ha vuelto luminoso...
El alma toda entera está suspensa
De los labios de Dios... Se siente, en torno,
Estremecerse la Creación... Escucha...
El silencio magnífico es de oro.

.....
.....
Abramos nuestras almas al Misterio
Que se quiere explicar para nosotros...

Poesía clásica la de Luisa Luisi, en cuanto revela la continuidad del sentimiento, de Safo a nuestros días, y de Grecia al Uruguay, su música nos estremece por la sinceridad del canto y la belleza de la voz. Nuestra emoción no está pervertida por sorpresa alguna. Mientras haya una mujer así en el mundo... habrá poesía.

* * *

LA PLUMA

Ramón Gómez de la Serna.—*El Secreto del Acueducto.*—Novela.—Bib. Nueva. *Senos.*—Tip. «El Adelantado», 1923.

Ramón prosigue su marcha victoriosa. He aquí dos libros más. El uno de ellos nuevo, el otro reeditado, pero tan aumentado de la edición anterior que, en realidad, es tan nuevo o más que el primero que aquí se anuncia. Nuevo y viejo son, además, conceptos cuya significación corriente no suele corresponder con la que sería adecuada a una crítica rigurosa de los libros de Ramón. Ramón, por otra parte, a pesar de escribir tanto, no es un escritor: es un espectáculo. Un espectáculo que él se da a sí mismo, pero en el que quiere que participemos todos, coreuta del gran teatro del mundo, capaz de infundir su espíritu burlón a todas las cosas.

En cualquiera de los libros de Ramón está todo Ramón y Ramón no está en ninguno por entero. Su obra empieza a ser un universo nacido con su propio creador. *El Secreto del Acueducto* y *Senos* son dos libros más de Ramón. Nos parece siempre que los hemos leído todos y que no hemos leído ninguno. Su gracia, enemiga de la perfección, se muerde la cola. Es una sirena, cuyo ascendiente darwiniano fuese la pescadilla. De ese círculo vicioso Ramón ha hecho una pista, en la que, nuevo *Hamlet*, monologa como el señor Leonard Parish, o de la cual hace mesa redonda para un eterno banquete de Pombo. Su gran risa mana de la fuente de la Salud.

* * *

Agustín Remón.—*Una girl.*—Novela.—Madrid, 1923.

Es el señor Remón muy distinguido escritor argentino. Varias veces hemos dado ya nuestra opinión, adversa a diferenciaciones establecidas únicamente atendiendo a la nacionalidad oficial de los escritores, cuando estos escritores, por muy distantes unos de otros en la vastedad del continente americano, lo son en lengua española. Con todo, el señor Remón es argentino. Hay en su propósito la determinación sincera de reflejar artísticamente en su obra un punto de vista del mundo contemplado desde el Plata. Pero entendámonos; eso no quiere decir que de la lectura de *Una girl* se deduzca la filiación de este novelista entre los cultivadores del color local. Sus aspiraciones rebasan el cuadro de costumbres. Lo que tampoco implica ninguna vocación transcendental ni pedantesca.

Toda la primera parte de *Una girl* nos engaña plenteramente con las simples perspectivas de un cuento ligero. No sospecha el lector a buen seguro las derivaciones trágicas del destino de la protagonista. La aventura se complica después de un modo extraño; el novelista bordea en los límites extremos de una psicología *exótica*, los peligros fascinadores del folletín. Cuando el lector quiere defenderse con sentido crítico de las asechanzas sentimentales de *Una girl*, el novelista tiene ganada la partida.

C. R. C.